Los guanches de Tenerife
y
Conquista de Canaria

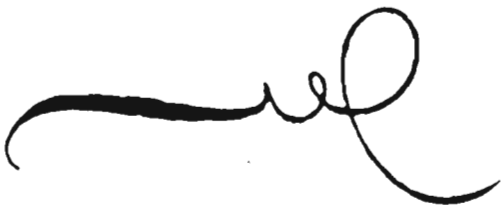
LOPE DE VEGA

Los guanches de Tenerife y Conquista de Canaria

ORGANISMO AUTONOMO
DE MUSEOS Y CENTROS

MUSEO
DE HISTORIA
DE TENERIFE

SANTA CRUZ DE TENERIFE
1996



MUSEO DE HISTORIA DE TENERIFE
Organismo Autónomo de Museos y Centros
CABILDO DE TENERIFE

Área de Publicaciones
Serie: Teatro-Histórico
Núm.: 1

Editan:
Organismo Autónomo de Museos y Centros. Cabildo de Tenerife
Caja General de Ahorros de Canarias

Coordinación:
José M. Castellano Gil

Diseño de sobrecubierta:
Jaime H. Vera

Sobrecubierta:
Panel de los guanches.
Mural Salón de Actos del Cabildo de Tenerife,
de José Aguiar.
Retrato de Lope de Vega.

Preimpresión e impresión:
Litografía A. Romero, S. A.

ISBN: 84-88594-12-7

Dep. legal: TF. 1.542-1996

PRESENTACIÓN

Dentro de las múltiples funciones del Museo de Historia de Tenerife destaca su decidido compromiso social vinculado a la custodia y conservación de nuestra memoria colectiva, así como la inversión de esfuerzos con el objeto de fomentar y ofertar un acceso complementario del conocimiento acumulado a lo largo del tiempo. Con ello se intenta facilitar la comprensión del devenir histórico y contribuir a remarcar la aportación secular del Archipiélago Canario a la cultura universal.

Bajo esta concepción nacía en 1995 un ciclo de teatro clásico canario, con la representación de *La Librería*, obra del célebre fabulista tinerfeño D. Tomás de Iriarte, definido por una filosofía de rescate y recuperación de piezas teatrales históricas de especial relevancia de autores isleños o contenidos canarios. Sin duda, iniciativas de estas características, junto a la diversidad y complementariedad cultural de ofertas expositivas de carácter permanente y temporal acometidas por el Organismo Autónomo de Museos y Centros del Cabildo Insular de Tenerife, están imprimiendo un impulso cualitativo de considerable importancia en el ámbito de la acción cultural del Archipiélago.

CajaCanarias y el Museo de Historia de Tenerife quieren, con la reedición y representación de *Los Guanches de Tenerife* de Lope de Vega, una obra importante y desconocida por la inmensa mayoría de la sociedad Canaria, contribuir y participar en los actos conmemorativos del V Centenario de la fundación de la Ciudad de San Cristóbal de La Laguna al tiempo que nos brinda una excelente oportunidad de reencontrarnos con una parcela cultural de nuestra historia.

CARMEN ROSA GARCÍA MONTENEGRO
Presidenta del Organismo Autónomo
de Museos y Centros del Cabildo de Tenerife

Siempre hay tiempo para descubrir a Lope. Mientras su teatro nos aguarde, su trampa acecha nuestra sorpresa de hombres queriendo inaugurar otro milenio. Extraño tiempo éste —no del todo ajeno a Lope—, en el que el amor, el valor, o la práctica del poder tienden a ejercitarse desde las trincheras. Al acudir a sus obras, no dejamos de observarnos en el espejo. Con extrañeza descubrimos que sus temas, lejos de perder frescura, nos envuelven en una sencillez siempre engañosa. En sus comedias de amores cruzados, nos encontramos a parejas de amantes a punto de quebrarse en el espejismo de un falso engaño, a sirvientes que parodian desde el humor, también desde el hambre, las desventuras amorosas de sus amos. El agua puede bajar revuelta pero, llegando a la desembocadura, se amansa. La verdad siempre vence al engaño, la justicia a la injusticia, el amor al desamor y los celos. Cuando cae el telón —con todos apaciguados y convertidos, con los amantes prometidos, la conquista concluida, y el honor restaurado—, nos gana el sentimiento.

En la obra que tienes en las manos, está todo Lope. Sus grandes temas no escapan a este libro. Lo singular de este encuentro, reside en el espacio de su acción. Lope escribe la conquista de Tenerife, y la escribe de oídas. Pero lo hace, en fin, con la cautela de quien pisa tierra extraña. Él mismo nos avisa en la voz de Castillo:

...contigo me sucede
lo que a un hombre que ver puede
frutas de tierras extrañas,
que viéndolas tan hermosas,
bien las desea comer,
más teme que pueden ser
por ventura venenosas.

Para Montaigne, contemporáneo de Lope, los libros son una forma de la felicidad. No hay mejor oportunidad para seguir encontrándola, que esta obra que ahora ofrecemos: la obra de un autor que empeña instinto y sentimiento en regalarnos la emoción a través de la palabra.

ÁLVARO ARVELO HERNÁNDEZ
Director General de CajaCanarias

LOPE DE VEGA DRAMATURGO DE LA HISTORIA
POÉTICA DE LA CONQUISTA DE TENERIFE

El Fénix de los ingenios, el famoso y fecundo poeta y dramaturgo Lope de Vega, no sólo se sintió atraído por las Islas Afortunadas que se relataban en los libros y de las que se hablaba en las plazas de Madrid o Sevilla, sino que conoció a algunos de los escritores y poetas de las Islas y convivió directamente con la realidad de Canarias, sobre todo, en sus diversas estancias en la capital andaluza, centro del tráfico comercial y humano de España y su imperio. Transcurrido apenas un siglo de la conquista de las islas, aún se vendían, como esclavos, los descendientes de algunos canarios en las plazas públicas, donde también se reclamaba contra los fugitivos por medio de pregones callejeros. Seguramente Lope de Vega oiría hablar del "güaire" que llegó con su corte a establecerse en la puerta de Mihojar de Sevilla, como cuenta Bernáldez en su Historia de los reyes Católicos, aparte de otros guanches que se establecieron en Niebla, Jerez o en la capital andaluza.

Muchas preguntas podríamos hacernos sobre cómo vio y conoció el mundo nuevo y fascinante que se abría a las puertas del Océano y cómo lo plasmó en sus obras dramáticas y poéticas. Afortunadamente, hoy poseemos importantes fuentes de documentación debido a investigadores de la Historia y de la Literatura de Canarias como Andrés de Lorenzo-Cáceres, María Rosa Alonso, Alejandro Cioranescu, Morales Padrón, sin contar con los conocidos historiadores: Elías Serra Ràfols, Ángel Valbuena Prat y Antonio Ruméu de Armas. Nosotros mismos hemos publicado un amplio opúsculo sobre "Las Canarias y la obra de Lope de Vega" (1964). Hoy sabemos, con detalle, como el dramaturgo madrileño coincidió con nuestro poeta épico, el médico Antonio de Viana, en 1602, en Sevilla, posiblemente en las tertulias del poeta y caballero don Juan de Argüijo. Allí nuestro fénix oiría, admirado y sorprendido, los épicos versos y el original tema que trataba al leerlo el joven estudiante de medicina, el tinerfeño Antonio de Viana. Pero lo que seguramente admiraba más en Viana fuera que, a edad tan

temprana, hubiera sido capaz de escribir tan grande poema, como dice en los últimos versos de su soneto dedicado al poeta lagunero:

> Si en tiernos años, atrevido, al Polo
> miras del Sol los rayos orientales,
> en otra edad serás el atlante sólo.
> Islas del Océano: de corales
> ceñid su frente, en tanto que de Apolo
> crece, a las verdes hojas inmortales.

Pero lógico es pensar, con Lope, que si a edad tan temprana Viana realizara tan grande poema en 16 cantos, dedicado a los guanches y a la conquista de Tenerife, podría ser capaz que en la edad madura, pudiera sostener como Atlante, sobre sus espaldas todo un mundo de poesía. Mas esta profecía no se cumplió, pues desde 1602, todas las fechas posteriores se pierden en las tinieblas de la extraña biografía del médico y literato, a pesar de las investigaciones de Mª. Rosa Alonso, que sólo ha averiguado que Viana compuso en 1631 un Espejo de cirugía. También es sabido que el joven médico se trasladó a ejercer su profesión a Las Palmas, donde seguramente asistiría a la tertulia del Jardín de Cairasco; algunos críticos han llegado a suponer que el literato canónico, por razones que se desconocen, torciera la vocación del médico tinerfeño.

Lo que sabemos, sin duda, y en esto están de acuerdo todos los historiadores y críticos, es que Lope de Vega para componer su obra Los guanches de Tenerife y Conquista de Canarias tuvo como fundamento y como fuente principal el célebre Poema de Antonio de Viana, quien no se limitó solamente a la llegada de los conquistadores con Alonso de Lugo y sus tropas, sino que, como dice su título, Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria el poeta pretendía dar una amplia visión del pasado de los antiguos habitantes y de la incorporación de las Islas a la Corona de Castilla. Por eso Menéndez Pelayo piensa que Lope no llegara a leer el extenso Poema; el mismo erudito dice que a Lope "agrandole el estilo lozano y exuberante del gran bachiller, su fantasía pródiga y amena, la candidez idílica de sus cuadros, y sobre todo la extrañeza y novedad de las cosas que cuenta y de la naturaleza que describe. Se enamoró del color local del argumento y con los materiales del Poema labró esta comedia. El análisis pormenorizado de estas influencias y composición de la comedia lopista ha sido realizado, primero, por D. Marcelino y publicado en sus Estudios sobre el teatro de Lope de Vega, y luego por Andrés de Lorenzo Cáceres, María Rosa Alonso y otros.

En relación con la comedia de Lope, aparte del tema de los guanches se advierte, en el título, que se referirá también a la milagrosa aparición de Nuestra Señora de la Candelaria... título de otra comedia anónima que, María Rosa comenta refiriéndose a la de los Guanches de Tenerife de Lope, escribe: "El propósito que sin duda animó al autor no fue otro que el de hacer una de tantas obras

de circunstancias y aprovechar un argumento para hacer una obra más, que apenas cuida y que poco debió interesarle, a juzgar por la prisa que tiene en plantear y acabar un acto tan flojo y precipitado. La conquista de Tenerife es un hecho español y el "monstruo" tenía que registrarlo en su haber poético". Veamos ahora, como, a pesar de su carácter precipitado que tiene la comedia de Lope, éste sabe captar los momentos culminantes y acertar con el sentido idílico y popular de la "Egloga" de Dácil y Castillo, como bautizó don Marcelino las escenas de los amores del capitán con la princesa guanche. Siguiendo la clásica estructura de los tres actos de la comedia clásica, exponemos a continuación el desarrollo de cada uno:

Acto 1º: Se inicia este acto —según los críticos— el más logrado con la presentación del héroe, D. Alonso Fernández de Lugo, el futuro conquistador de Tenerife y La Palma, y expone los motivos que le llevan a emprender de nuevo la lucha. Todo lo cual tiene como finalidad llevar ante el espectador a los protagonistas principales de la acción dramática con el propósito de echar al demonio de la idolatría de aquellas islas, sirviendo las palabras del de Lugo para arengar a sus tropas cuando les dice:

> Vosotros que en las conquistas
> de naciones nunca vistas
> habéis hecho hazañas tales,
> que los tiempos inmortales
> serán vuestros coronistas.

Situada, históricamente, la acción en la encrucijada de la última década del siglo XV, los españoles tenían bien justificadas estas palabras: reconquista de Granada y descubrimiento de América en 1492, viajes de Colón y exploración de las Antillas y de la costa del gran continente americano entre 1493 y 1499, sin contar con las conquistas canarias de La Palma en 1493 y anteriormente la de Gran Canaria en 1484. Tenemos que advertir que en este primer acto encontramos un buen equilibrio entre la intervención de los españoles y los guanches. Lope no deja de señalar la codicia y la fanfarronería en el bando español, aunque en las figuras del general y el maestre de campo, hay cierta dignidad y seriedad. Como contrapartida el mencey de Taoro, su hermano Tinguaro y el agorero también están investidos de una misión noble: defender sus tierras y sus costumbres contra unos hombres invasores. Hay que señalar también, en este acto, el comienzo del idilio de Dácil y Castillo en su primer encuentro de las selvas que rodeaban la laguna del Aguere. Con ello el público se queda en condición de comprender el drama que se plantea en esta obra, su realidad hispánica, aunque referida a un pequeño episodio de la gran empresa histórica de la Conquista, que por otra parte representa los mismos conflictos de cualquier lugar donde fueron los españoles. No deja de tener esta comedia sorprendentes rasgos

debido a la intuición y conocimiento que tenía el autor, cuando acierta plenamente, incluso para casos sociogeográficos de Canarias, al indicar que "la falta de riqueza de las islas podía estar compensada por la explotación de las fértiles tierras isleñas", cosa que se puede aplicar hasta hoy mismo.

El 2.º acto lo dedica Lope a presentarnos la vida y las costumbres patriarcales de los primitivos habitantes de la gran Tinerfe (que puede tener un paralelo en la conocida obra del dramaturgo español El villano en su rincón), pero la escena primera puede tener su antecedente directo en la descripción que hace Viana en su Poema, cuando describe las habitaciones de los guanches que dice:

> Sus ricas casas eran cuevas cóncavas
> que en levantados cercos se hacían,
> y otras casas de solas piedras toscas
> cubiertas de madera, paja y piedra.

o como dice el mencey Bencomo de Lope:

> Es mi palacio dorado
> la cueva de un risco entero.
> De una vez naturaleza
> mis aposentos labró.

Es curioso observar, cómo Manil, el gracioso guanche, es el primero en españolizarse. Lo que, entre bromas y veras, concuerda con la realidad histórica. tema que ha de ser utilizado por Viana con el salvaje Antón, cuando se refiere la historia de la Virgen de Candelaria. Después siguen unas escenas, que no podían faltar en Lope de Vega, de carácter claramente erótico, pero con una simbología espiritual, donde se intercambian las almas y los goces sexuales, que podría interpretarse no como manifiestan los guanches como hechicería, sino, para Lope, como una captación espiritualmente amorosa y al propio tiempo cristiana. Porque ya en esta donación amorosa del alma como quiere la mística, se les daba lo esencial cristiano, puesto que para nuestro autor aquellos eran bárbaros que vivían sin tener conciencia de su noble naturaleza anímica. Dejándoles el alma se les elevaba a la categoría de seres humanos. Por otra parte, como réplica a las parejas amorosas de tipo renacentista, tomadas por Viana de Ariosto o de Tasso, que corresponde a los exóticos nombres de Ruimán y Guazimara, Guetón y Rosalva, Tinguaro y Guajara, aparecen las parejas de Castillo y Dácil, Trujillo y Palmira, etc., que aun tarados de los tópicos literarios y de recursos teatrales, están mucho más cerca de la realidad histórica contemporánea. Así pues en este acto 2.º, crucial en todas las comedias clásicas, acaso Lope por no haberse planteado adecuadamente el sentido dramático de la obra o bien asustado por la grandeza belicosa de los guanches y el sentido de la exaltación de lucha por la

independencia a que pudiera arrastrarle el seguir demasiado fielmente a la obra épica del médico lagunero, nuestro dramaturgo, altera el rumbo establecido en nuestro primer acto y modifica mucho más el carácter y los hechos de los personajes, perdiendo con ello, cierta naturalidad y delicadeza poéticas con que había iniciado su comedia. Continúa la alternancia, aunque menos acusada, entre los temas guanches y los españoles, pues con el episodio de la unión amorosa y el intercambio de discursos, parecen desdibujarse las diferencias. Son momentos cruciales de este acto: la escena de la embajada de Bencomo y su ultimátum, y la respuesta de Alonso de Lugo que determina los fines de ideales de la conquista, donde también se determina el concepto que Lope tenía de los habitantes de Tenerife. Finalmente, el canto concluye con el episodio de la derrota de los españoles en Acentejo, que aparece insinuado por ser irrepresentable.

El tercer y último acto de la comedia se inicia con la aparición y primeros milagros de la Virgen de Candelaria, que Lope también toma del Poema de las Antigüedades de las Islas Afortunadas, alterando su situación histórica y algunas circunstancias de la piadosa leyenda para servir a los fines de su obra. A partir de este momento la Comedia adquiere un sentido semidivino y al mismo tiempo profano, característico de muchas comedias de la época, y que más tarde censuraron los críticos neoclacisistas del s. XVIII. Lo mismo que en Viana, son dos pastores guanches los que descubren la imagen de la Virgen en una cueva. En la notación escénica dice: "Abrase una puerta de esta cueva, que será rama, y véase la imagen de Nuestra Señora con una candela en la mano y su santísimo Hijo". Según Lope, los pastores indígenas atribuyen la aparición a una mujer española, que abandonada por éstos ha dado luz en aquella solitaria caverna cerca del mar. A continuación se escenifican los conocidos milagros de la aparecida mujer con los pastores, que ellos mismos explican al rey Bencomo y a sus capitanes. Lope sabe aprovechar esta escena para proclamar el origen divino de la imagen, haciendo que Manil (el pastor de los primeros actos) se interponga entre el Rey y la Virgen para que no la destruya, con lo que la escena adquiere mayor espectacularidad, proclamando de paso la manifestación de la fe que hace el pastor, como representante del pueblo llano, que al mismo tiempo es el que hemos señalado el primero en hispanizarse, con estas palabras:

> ¡Señora, ayúdame agora
> para que os libre! ¡Ay Señora
> grande valor, grande precio
> debéis de tener en vos;
> que quien esto pudo hacer,
> o es hija, o madre o mujer
> de algún poderoso Dios!

En la escena siguiente aparecen los mismos personajes españoles que vuelven a Tenerife, decididos a apoderarse de la isla, y les sorprende unas extrañas luces

en la cima de un monte, y que no saben explicarse sino como unas manifestaciones de juegos o ritos de gente salvaje. Continúa en este acto la aventura idílico–amorosa de la infanta Dácil y Castillo, que una vez curado de sus heridas de la batalla de Acentejo, es cuidado por aquella y hace vida marital con la infanta bajo palabra de honor de que el soldado español se desposará con ella, como en las típicas comedias de capa y espada lopistas. Después se suponen las escenas de las últimas luchas de españoles y guanches, donde terminan vencedores los primeros. La última parte del acto se reserva para las escenas de carácter alegórico o simbólico. Primero el rey guanche hace sus reflexiones sobre la fortuna, el sufrimiento y la muerte, y por parte española aparece el propio arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestiales, y paralelamente el capitán vencedor Alonso de Lugo, según Viana, se le aparece en el sueño toda una representación de un carro alegórico de los populares autos sacramentales, representado por un coro de ninfas, siendo la primera la llamada Nivaria (es decir, la isla conquistada). Pero Lope, con más acierto y un criterio menos local, presenta el ofrecimiento de las siete doncellas (que simbolizan las siete islas) se hace al rey católico, que había tomado, bajo su corona, la definitiva conquista de las Islas Mayores. He aquí la visión descrita por Alonso de Lugo:

—Vi, o soñé, que el Angel vía
con siete ninfas hermosas,
que coronadas de rosas,
al rey Fernando ofrecía.
Pregúntele entre mil varias
luces, músicas y fiestas:
"Dime, señor, ¿qué son estas?"
Y respondió: "Las Canarias:
que ya todas siete son
de Fernando e Isabel,
que por Castilla y por él
hoy tomaréis posesión".

Como resumen diremos, que Lope, en este acto final, enmienda los errores del acto segundo, dedicándolo, en su mayor parte, a la aparición y milagros de la Virgen, realmente venerada en Tenerife antes de la llegada de los españoles, hasta hoy mismo. Esto hace que la acción de la comedia se desvíe un tanto de la línea primitiva, histórico–idílica, hacia el ambiente de lo maravilloso cristiano, propio de las comedias de santos. Alternando con las apariciones, las visiones, los milagros y los sueños, continúa el idilio o égloga de Dácil y Castillo, dentro del estilo tradicional de la escena clásica española. Se resuelve también ahora, el antagonismo de guanches y españoles, por las fuerzas de las armas y también por la intervención divina en favor de la pacificación de la isla. Entre los elementos

de este acto hemos de destacar los elementos positivos, que impregnan la comedia, en mayor o menor medida lo lírico y lo simbólico, o también el bello logro poético de las escenas de las rústicas ofrendas, y finalmente la intuición del Fénix de los Ingenios para adivinar el recto sentido de la realidad histórica cuando enfrenta el afán de los invasores por las riquezas terrenas con las nuevas almas de guanches que se ganaban para la cristiandad, y en considerar el amor divino y humano verdadero aglutinador de vencedores y vencidos.

SEBASTIÁN DE LA NUEZ

LOPE DE VEGA Y LA MÚSICA DE LA PALABRA

Cuando hablamos de la gran renovación del teatro español en el Siglo de Oro es obligado pensar en Lope de Vega y en su gran texto *El Arte Nuevo de hacer comedias*, en el que plantea la innovación de la dramaturgia. La experimentación y la búsqueda de nuevas formas caracterizan a Lope y a los dramaturgos de la época; en ellos, lo musical, lo visual, los efectos, el empleo de parajes naturales o espacios públicos, lo antropológico o la danza son elementos formales de la nueva comedia. "Esta obra —dice Javier Huerta Calvo, refiriéndose al *Arte Nuevo*— no es sólo la teoría de una forma dramática sino que comprende al mismo tiempo reflexiones diversas sobre el hecho teatral"[1].

Pocas veces la lectura de una obra dramática puede cautivar por la fuerza musical como lo hace este texto de Lope de Vega. El autor valora la palabra y el verso como casi únicos recursos expresivos del teatro. El contenido se relega a un segundo plano y se potencia la forma, como buen representante del drama barroco huye del planteamiento realista y se sumerge en el mundo artístico partiendo del idealismo y de la deformación de la historia nacional. Se busca la fórmula mágica de la literatura y del teatro. ¿Son acaso el embrujo del ritmo y las sonoridades del verso las claves del éxito? Sabe el poeta que el verdadero valor de la lengua es el sonoro para el teatro. El espectador recibe un signo musical que no es solamente un significado. El actor pronuncia una palabra que está cargada de significaciones sonoras.

En *Los guanches de Tenerife* el ingenioso dramaturgo recurre al tema histórico, pero el universo referencial del que parte este prolífico hombre de teatro no es real sino que encuentra la sustancia literaria en el famoso poema de Antonio de Viana sobre los amores de la princesa Dácil y el Capitán Castillo. La idealización de la realidad es tan desmesurada que las islas idílicas se convierten en un

1. HUERTA CALVO, Javier: *El nuevo mundo de la risa. Estudios sobre el teatro breve y la comicidad en los Siglos de oro*, Oro Viejo, J. J. Olañeta Ed., Barcelona, 1995, pp. 18-19.

universo irreal, con reflejos cómicos. Las Canarias son metáfora, mito y referencia literaria de la tierra edénica desde su conquista y han aparecido en la historia de la literatura muchas veces como símbolo o imagen del paraíso. Véase *Cien años de soledad* con los pájaros de las Islas Afortunadas para repoblar el cielo árido de Macondo, las puertas del edén en *Los perros del paraíso* de Abel Posse o las mitificaciones de tantos otros textos.

Los guanches de Tenerife representan muy bien el tipo de construcción literaria donde la versificación y palabra son el centro de la belleza. La visión del pueblo guanche, la recreación literaria del buen salvaje, está mediatizada por la mentalidad de Lope de Vega que piensa que España es la nación más poderosa del Universo. Este autor como todos los de su generación ponen su idealismo al servicio de una imagen idealizada de la monarquía y de la sociedad, con la "pretensión de legitimar el orden existente, y al mismo tiempo conseguir la adhesión popular"[2]. Los guanches hablan de perlas, diamantes, oro, plata; o comen manzanas y llevan a pastar rebaños de bueyes, como si de un pueblo del oriente mítico, descrito por Marco Polo en el *Libro de las maravillas*, se tratase; o como si hubiesen inspirado las descripciones indígenas de Fray Bartolomé de las Casas. Una especie de *Arcadia feliz* parece envolver a estos *bárbaros* de un universo irreal que se enfrentan a la conquista de su tierra con la ingenuidad de unos pastores. Aunque por otra parte, tanto los españoles como los habitantes de las Canarias gritan, se ofuscan contra el enemigo y estallan en imprecaciones y amenazas. La visión de la conquista, la idea de la superposición de una cultura sobre otra, la muerte y la guerra no se reflejan en esta obra que aleja de todo planteamiento realista; es más se justifican en aras de una religión, de la propagación del cristianismo. La visión del mundo bárbaro entronca más con una mente medieval que con el hombre de planteamientos renacentistas en la forma y que cree en el cambio estético. Los salvajes no piensan ni sienten hasta que una cultura superior los hace sentir, Dácil siente el amor porque el capitán español le regala el alma.

Dácil
"No sé qué traigo en el pecho
desde que vi su hermosura,
que no me deja dormir
ni en cosa tener placer.
Manil
El alma debe de ser,
que allá debe vivir".
(Lope, p. 81)

---

2. ORTIZ PORTEROS, Manuel: *El realismo ilusionista en el teatro áureo español*, en *Arquetipos teatrales y convenciones sociales*, P.P.U., S. A., Barcelona, 1991, p. 17

La prosa de Lope no puede olvidarse al plantear cualquier lectura de su teatro; las aclaraciones, los efectos, el concepto de decorados y tramoya nos acercan a un concepto bastante moderno del arte escénico. Las acotaciones están llenas de sugerencias visuales, de imágenes arriesgadas que plantean un universo plenamente teatral. La influencia de la tragedia griega se nota también en este aspecto y no solo en la recreación de imágenes clásicas.

En la obra encontramos dos imágenes femeninas que remiten al mundo clásico y entroncan con la idea de divinidad; por un lado la princesa Dácil como un remedo campestre de la diosa Diana, portando arcos y flechas, desconocidos para el pueblo guanche y bañándose desnuda en un lago idílico, rememora cualquier cuadro de la mitología cantado por Horacio

Dácil
Agua suave y ligera,
que mansamente corriendo,
parece que vas haciendo
camino a la primavera
.....
Apacible un blanco lecho
en las ondas desta fuente
.....
(Lope, p. 72)

Por otra parte nos encontramos con una escena llena de espectacularidad y visualidad típicas del Barroco como es la aparición mágica de la Virgen de Candelaria, que rememora el recurso de la guerra de Troya ganada gracias a la intervención de un caballo que vence gracias al deslumbramiento ante el milagro crédulo. Frente a la fuerza del pueblo conquistado hay que emplear recursos mágicos para convencerlos de la superioridad de los conquistadores. El mundo clásico está presente en toda la obra de Lope de Vega, como recurso visual en contraposición con la ideología fuertemente cristiana e imperialista del dramaturgo. Es una obra hecha para agradar a sus soberanos. Una de las características de todo el teatro Barroco, tanto los autos sacramentales como el teatro cortesano o de corrales es que siempre subyace en él el objetivo de agradar o alabar al poder divino o al mundano, como apunta también Josef Oehrlein[3]. Aunque la Religiosidad barroca que es, a la vez; festiva y teatral: dar forma plástica, sensorial, a lo ideológico, a lo simbólico o sacramental. Visualizar, dar volumen, sonido,

3. "El carácter ritual del ato sacramental y de la fiesta cortesana se manifiesta por una parte en la finalidad de ambas funciones: en la glorificación de los dos soberanos, el divino (en el auto), y el humano (en la fiesta)", en OERHLEIN, Josef: *El actor en el teatro español del Siglo de Oro,* Castalia, Madrid, 1993, pp. 57-58.

olor, tacto y sabor a las ideas, a través de las representaciones plásticas, la música, la danza, los aromas, las sensaciones, los colores..., todos los estímulos de la sensualidad, en un a modo de teatro total en que los propios espectadores son también parte integrante de la representación, del *gran teatro del mundo*[4]. A Lope en todas sus creaciones le preocupa esta espectacularidad del teatro este efecto del deus ex maquina heredado también del arte de Aristóteles. Sabe que el asombro, que el efecto de magia ejerce sobre el público una resultado cautivador.

Además de las alusiones religiosas y nacionalistas de Lope de Vega, su formación renacentista sale a relucir la mayoría de las veces no solo en los aspectos formales de la armazón teatral sino también en la concepción de caracteres y situaciones, así la descripción de la mitológica Dácil o de las pastoriles Erbasia y Palmira, cuyos nombres recuerdan más a los de los personajes de una novela pastoril que a los verdaderos nombres de los habitantes de las Canarias. El encuentro entre el Capitán Castillo y la Princesa bárbara es un pasaje de novela amorosa y pastoril del Renacimiento; pero Lope conoce el oficio de dramaturgo y la transforma en una escena llena de gracia teatral. Sabe recoger la herencia griega y trastocar el material en un teatro cristiano, de características genuinamente españolas. Como dice Gordon Craig "La diferencia fundamental entre el teatro griego y el cristiano es que este último se desarrollaba en un lugar cerrado aunque se servía aún de la luz del día, y en particular de la del sol"[5].

La obra tiene un ritmo trepidante que envuelve al espectador en las bellas décimas, romances, silvas y cuartetos y nos hace creer el sueño del teatro. Los personajes estereotipados buscan la efectividad de la comedia, Manil representa el papel de cualquier criado, es el estereotipo del cómico de cualquier comedia de capa y espada, alcahuete, necio y torpe, pero con las argucias y los recursos propios de su condición, con la carga de ser el enlace entre los dos pueblos que se enfrentan. Erbasia y Palmira carecen de honor frente a Dácil que como princesa y mujer noble debe ser honrada con el matrimonio y la bendición divina. Dácil y Castillo representan la pareja de enamorados de la comedia de corrales del Barroco español, el honor es la última cuestión que preocupa a la enamorada, como buena noble, y gracias a la intervención divina queda paliada su aventura amorosa con un matrimonio cristiano. El Rey, los nobles, los soldados, el pueblo cumplen con las espectativas de los arquetipos lopescos.

El teatro de Lope de Vega ha de justificarse como un producto que se ajusta y modifica gracias a los gustos del vulgo, aunque esto no le restringe valores y modernidad como piensan muchos, sino que demuestra que el Fénix de los Ingenios sabe adaptar como pocos el gusto popular, la venalidad y la estética de la

---

4. MORENO NAVARRO, Isidro, *Fiestas y teatralidad*, en DÍEZ BORQUE, José María (comp.), *Teatro y fiesta en el Barroco*, Ed. El Serbal, Madrid, 1986, p. 181.

5. GORDON CRAIG, E.: *El arte del teatro*, Grupo Ed. Gaceta, Méjico, 1987, p. 299.

renovación. Como dice José María Díez Borque "Teatro de la modernidad que supone (...) dar un paso decisivo a la venalidad, al producto que se compra y se vende; y vamos a comprobar cómo, a la postre, Lope parece justificar su teatro precisamente por esa venalidad"[6].

Terminaremos estas reflexiones diciendo que al hablar de esta pieza o de otra cualquiera de nuestro autor vienen a nuestra mente las palabras de Don Quijote cuando afirmaba "Y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante que ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas e infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio de estos reinos....".

ERNESTO J. RODRÍGUEZ ABAD

6. DÍEZ BORQUE, José María: *Teoría, forma y función del teatro español de los Siglos de Oro*, Oro Viejo, J. J. Olañeta Ed., Barcelona, 1996, p. 37.

LOS GUANCHES DE TENERIFE EN LA OBRA DE LOPE DE VEGA

El descubrimiento de *las nuevas gentes* que los europeos comenzaron a contemplar desde los primeros meses de 1493, cuando llegaron a Barcelona los *indios* que el Almirante Cristóbal Colón había traído como parte de su cargamento, junto con las especias y otras piezas exóticas, debió resultar una mezcla de estupor y de sorpresa por el desconocimiento que a fines del siglo XV se tenía de hombres y tierras en ese *finis terrae* atlántico, ahora recién descubierto. Un fenómeno semejante debió de sucederles a los habitantes de la Península Ibérica durante todo ese siglo, cuando hombres y mujeres de tez y de aspecto a la *europea* llegaban de una islas, las Afortunadas de los autores latinos, que tiempo atrás habían sido *nuevamente encontradas* en el Atlántico. La descripción del humanista Jerónimo Münzer, recogida en su libro *Viaje por España y Portugal,* de un grupo de *guanches* que él había contemplado en un mercado de Valencia por el año 1494, de que se trataba de *hombres morenos, pero no negros, semejantes a los bárbaros. Sus mujeres están bien formadas, con miembros fuertes y bastante largos,* debió ser un hecho común en muchos mercados esclavistas, como el citado de Valencia, Sevilla, o tantos otros.

De manera que antes de que en 1493, la población española contemplara con perplejidad la existencia por vez primera de las *otras gentes* de allende el Atlántico, en los mercados peninsulares y en muchas ciudades europeas, su imagen ya resultaba familiar en diversas manifestaciones artísticas, porque los escultores y los pintores habían plasmado el exotismo de la realidad geográfica de las islas; y en imágenes grotescas, como "salvajes", habían representado a sus habitantes. Ambas figuraciones ocuparían un puesto relevante en la iconografía de muchas obras pictóricas del siglo XV, que, junto a las descripciones literarias contenidas en la obra de Petrarca *De vita solitaria* (1346), complementaban un cuadro propio para que los europeos pudieran extasiarse ante tales manifestaciones, dando rienda suelta a su fantasía, al leer y contemplar aquellos seres que parecían traídos a la realidad desde el imaginario de la cultura clásica.

Con estos antecedentes es fácil comprender el interés que suscitaría en Lope de Vega la existencia de estos seres en unas Islas que durante todo el siglo XVI eran el *camino para las Indias*, y algunos de sus puertos, principalmente el de la isla de La Gomera, era escala obligada para los avituallamientos de las embarcaciones que procedían de la Península Ibérica. Su conocimiento de la obra del poeta tinerfeño Antonio de Viana completaba el resto. Su atracción principal radicaba en una historia de amor entre una mujer *guanche*, Dácil, y un caballero castellano, el Capitán Castillo. En ellos se simbolizaba la unión de dos culturas, y el inicio de un mestizaje que, como en el caso americano, se hallaba en la preocupación intelectual de la sociedad española de estos siglos.

Esta obra de Lope de Vega *Comedia la Famosa de Los guanches de Tenerife y Conquista de Canaria* es una pieza teatral compuesta a partir de los materiales literarios contenidos en la obra del poeta Viana. Si a éste no se le exige un rigor en los datos que aporta sobre los *guanches*, aunque muchos y de gran valor contiene su obra, menos cabe esperar de la ficción de Lope recreada sobre aquéllos. Sólo a título indicativo repararé en unos cuantos aspectos que Lope atribuye como propios de los *guanches*, o en su caso, sobre las alusiones a un paisaje que no se corresponde con el de las islas, como sucede con la referencia a árboles como el olmo, o el álamo; o a cultivos como la caña de azúcar, o frutales como el manzano. Tanto el cultivo azucarero como todos estos árboles fueron introducidos por los europeos; o cuando se refiere a animales exóticos, como los papagayos, que resultaron muy atractivos a la sociedad española al ser mostrados por Colón en Barcelona. Estos especímenes no se conocen en la fauna autóctona de las islas, pero eran, en cambio, característicos de las Antillas. En igual sentido cabe señalar la atribución de toros y vacas como animales que formaban parte de la cabaña ganadera de los *guanches*. Se trata asimismo de animales introducidos después de la presencia europea en la isla, ya que sólo el ganado menor de cabras, ovejas y cerdos fue conocido por los habitantes preeuropeos de Canarias. Otro tanto cabe decir del uso de arcos y flechas, desconocidos para los habitantes de Tenerife, como para los del resto del Archipiélago, aunque existe alguna imagen estereotipada del *guanche* que se figura con este armamento. El uso y manejo de las piedras fue, en cambio, una habilidad singular que destacaron quienes singularizaron este particular manejo.

En la recreación literaria de Lope se alude a nombres de *guanches* bien conocidos, como el de Bencomo o Tinguaro, así como el de la propia Dácil, junto a otros, como el de Sileno, nombre atribuido a su agorero, que las fuentes, sin embargo, han transmitido con la denominacion de *Guañameñe*. En este caso se trata de un nombre griego, alusivo a los seres que habitan los bosques.

Frente a estas licencias literarias, existen, en cambio, un buen conjunto de referencias sobre las creencias de los *guanches* relativas al Sol, como su divinidad suprema, o a algunas de sus costumbres, o a la recreación sobre su cosmovisión,

en las que se aprecia una preocupación y un respeto singular por una sociedad que ha comenzado a dejar de existir para integrarse a un mundo bien distinto, que él mismo pretende reflejar antes de la llegada de los conquistadores españoles. Este cambio lo representa en los amoríos de Dácil y Castillo. Y en la aceptación de la Virgen de Candelaria por parte de los *guanches* simbolizaría la transformación de su pensamiento religioso.

ANTONIO TEJERA GASPAR

COMEDIA LA FAMOSA
DE
LOS GUANCHES DE TENERIFE Y
CONQUISTA DE CANARIA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON ALONSO DE LUGO.
LOPE FERNÁNDEZ.
EL CAPITÁN TRUJILLO.
EL CAPITÁN CASTILLO.
UN SOLDADO.
ESPAÑOLES.
EL REY BENCOMO.
DACIL, su hija.
TINGUARO, general.
SILEY, capitán.
MANIL.
FIRÁN.
UN AGORERO, bárbaro.
CAJAS, BANDERAS.
SOLDADOS DE UNOS Y OTROS.

ACTO PRIMERO

Dando una vuelta un monte, por la otra parte será una media nave con muchos estandartes; tocaráse una trompeta, y dirán en la proa el Maestre de campo, y don Lope Fernández de Guerra, el general don Alonso de Lugo y los capitanes Trujillo de la Coba y Castillo:

ALONSO

Valerosos españoles,
que en la patria fuisteis soles,
Alejandros en la guerra,
Catones para la tierra,
y para la mar faroles:
vosotros que en las conquistas
de naciones nunca vistas
habéis hecho hazañas tales,
que los tiempos inmortales
serán vuestros coronistas.
Tercera vez animosos
a Tenerife volvéis,
a probar los belicosos
brazos que ya conocéis,
de sus bárbaros famasos.
Tercera vez este mar
habemos vuelto a pasar,
y desde la Gran Canaria,
por tanta fortuna varia,
nos dan sus puertas lugar.
Bárbara es esta nación,
y desnuda de riqueza,
mas nuestra justa intención
es resistir su fiereza.
¡Ah, piadosa Religión!
Eche al demonio de sí,
como salió de Canaria
por vosotros, y por mí;
que es cosa a razón contraria
sufrir tal vecino aquí.
Aquel Arcángel divino
con quien tengo devoción
y que en nuestra guarda vino,
nos dará en nuestra ocasión
luz, puerto, amparo y camino.
El nos sirve de fanal,
cuya espada celestial
pondrá a estos bárbaros yugo.

LOPE

Gran don Alonso de Lugo,
nuestro invicto General,
la razón que os ha traído
a la conquista presente,
justa, heroica y santa ha sido,
y a España tan conveniente
como cuantas ha tenido.
Sola Tenerife queda,
destas islas de Canaria,
que resistírsenos pueda,
y así, es cosa necesaria,
puesto que en valor exceda
a los bárbaros pasados,
o conquistarla, o morir
como españoles soldados;

que esta empresa no es seguir
las fortunas ni los hados,
sino la fe, la razón,
el honor, la Religión
y la gloria del laurel.

CASTILLO

Lope Fernández, si en él
consiste nuestra opinión,
después de lo que debemos
a la fe que profesamos,
hasta morir seguiremos
los dos nortes que llevamos,
por cuyas estrellas vemos.
Si en este blanco arenal
una vez la planta estampo,
ganaré fama inmortal,
con tal Maestre de campo,
y con noble General.
Las ondas no sean contrarias:
écheme en tierra un esquife,
y veréis si os rinden parias
los Guanches de Tenerife,
como las otras Canarias.

TRUJILLO

Castillo, vuestro valor,
no estas islas, todo el mundo
le reconoce.

CASTILLO

Señor
Trujillo, yo en vos lo fundo,
como del mundo el mayor:
que puesto vos a mi lado,
¿qué bárbaros, qué demonios
no han de temblar, si han temblado
los que hoy rinden testimonios
por todo el mar conquistado?
¿Es tierra, por dicha, aquélla?

TRUJILLO

Parécelo en los celajes.

ALONSO

¡Tierra, tierra!

CASTILLO

¡Oh, quien en ella
pusiera el pie!

LOPE

Los paisajes
descubren los lejos della.
¡Ea, españoles valientes,
que saltan los corazones
por ver los Guanches presentes!

CASTILLO

Si he dicho algunos blasones
los enemigos ausentes,
aquí los haré verdad.

TRUJILLO

Ondas, el puerto nos dad.

ALONSO

¡Favor, divino Miguel!

TRUJILLO

Puerto es éste.

CASTILLO

Echadme en él.

LOPE

Detén la temeridad.

CASTILLO

Yo procuro vuestra gloria
más que mi honor y memoria.

LOPE

Toma ejemplo de Trujillo.

CASTILLO
Salte en la tierra Castillo;
que él os dará la victoria.

Vaya dando la vuelta la nave, de suerte que vuelva a quedar como monte. Entre el rey Bencomo, bárbaro, en aquel traje de pieles; Siley, capitán, y Dacil, hija del Rey, tendido el cabello, con su arco y flechas

BENCOMO
¿Qué es lo que quieres de mí?
que tan humilde te veo.

DACIL
Que me cumplas un deseo,
pues de tu sangre nací.

BENCOMO
Pues ¿para deseos tuyos
buscas encarecimientos,
si el alma tus pensamientos
aún no sabe si son suyos?
¿Qué puedes tú desear,
hija, que yo no lo quiera?

DACIL
En esa verde ribera,
cuya selva pisa el mar,
hay una fresca laguna
que vierte una fuente bella;
quisiera bañarme en ella,
porque no he visto ninguna
de tanta hermosura y flores
por las márgenes y orillas,
donde otras mil fuentecillas
le pagan censos menores.
El armonía y concierto
de los pajarillos varios,
jilguerillos y canarios,
volverán el alma a un muerto.
Míranse en su claridad
tanto árboles frondosos,
que se enloquecen de hermosos,
con ver sombra y novedad.
Tal copia de ánades llueve,
y tanto en sus aguas medran,
que parece que la empiedran
de copos de blanca nieve.
Si el viento incita las olas,
forma unas labores tales,
que no se labran iguales
sino es en tus tocas solas.
Las copas que en torno están,
cuando las sacude el viento,
¿qué cuerdas en instrumento
más suave acento dan?
En los árboles ya secos,
dentro del agua hacen nidos
mil pájaros, escondidos
entre los ramillos huecos.
Porque entretejen, señor,
de los que traen en los picos,
unos edificios ricos
de nunca vista labor.
De los árboles de enfrente
comen sin pena ninguna,
y beben de la laguna
el agua seguramente.
Alrededor, todo el suelo
de tantas flores se tiñe,
que parece que la ciñe
el arco del mismo cielo.
Y porque a cosa tan bella
no ser muerta le conviene,
jurarías que alma tiene
cunado el sol se mira en ella;
porque de su cuerpo fragua
un recogido arrebol,
con que el retrato del sol
le sirve de alma en el agua.

BENCOMO

Hija, de suerte has pintado
esa laguna, esa fuente,
que a ser un padre decente,
me viera en ella a tu lado.
No quiero estorbar tu gusto;
pero advierte que tememos
los españoles; que habemos
probado ya su disguto.
Dos veces se han atrevido
a esta isla con su armada,
y dos veces de su espada
nos habemos resistido.
Tenemos la vez tercera
por la gente que nos falta,
cuya sangre roja esmalta
tosa esa blanca ribera.
Hoy hemos de consultar
a nuestro Dios sobre el caso;
el más peligroso paso
es de esa laguna al mar.
Irán cincuenta soldados
en guarda tuya, y la harán,
bañándote, aunque estarán
lejos del agua alojados;
de otra suerte, no es razón.

DACIL

Digo, señor, que eso es justo,
y que a mi quietud y gusto
de mucha importancia son.
Con ellos y tu licencia
parto a la fuente.

BENCOMO

Siley,
mira que el honor del Rey
consiste en tu diligencia.

SILEY

Dame tu cuidado a mí,
y vive sin él, señor.

Vanse la Infanta y Siley

BENCOMO

¡Hola! ¿Qué es ese rumor?

CRIADO

Tus nobles vienen aquí.

Entra el general Tinguaro y otros bárbaros, y un agorero

TINGUARO

Aquí viene Sileno, tu agorero,
para saber, señor, como has mandado,
si a tu famosa isla, Tenerife,
volverán otra vez los españoles.

BENCOMO

Mis recelos habéis adivinado.
Di, Sileno, ¿qué sientes?

SILENO

Rey invicto,
desta famosa isla, que ya sola
queda en la sangre antigua de los
[Guanches,
que tantos siglos se llamaron dueños
de las Canarias, yo he mirado atento
todas las cosas que al servicio tuyo
han sido convenientes estos días,
y he hallado, en la observancia de los
[árboles,
en las ondas del mar, en las estrellas
en el salir del sol y en el ponerse,
en los nocturnos cantos de las aves,
en las entrañas de las muertas fieras
y en otras cosas mil, que a Tenerife
vuelven tercera vez con alas blancas
aquellos negros pájaros de España
que, como ya sabéis, llaman navíos.
La determinación con que ya llegan

es de morir o conquistar la isla.
Esto alcanzo, esto sé, esto te digo;
agora, ordene el cielo tu remedio,
que aún está la fortuna de por medio.

BENCOMO

¡Oh poderoso e ínclito planeta,
que con tu resplandor el mundo [ilustras!
¿Cómo permites que las claras ondas
en que se miran tus divinos rayos
enturbien estos pájaros de España,
que con alas de cuerdas y de lienzo
vuelan encima de la mar furiosos,
trayendo en sus entrañas esta gente
que nos molesta con tan varias armas,
y nos quiere arrojar injustamente
de aquella patria que nos diste propia,
desde que nos hiciste entre estos [montes?
¿Voy yo, por dicha, a conquistar a [España?
¿Tengo pájaros yo que allá me lleven?
¿Codicio las mujeres de su tierra,
las galas que se visten, y las cosas
de que adornaste sus dichosos reinos?
¿Qué me quieren a mí, que me [persiguen?
¿Qué tengo yo que de su gusto sea?
¿Qué riquezas me ven, qué plata y oro?

TINGUARO

No te entristezcas, gran señor, ni al [cielo
te quejes de las cosas; que es más justo
rendirle gracias que enviarle quejas.
Vengan los españoles, vengan; traigan
riquezas, que nos dejen, de sus tierras,
y cosas peregrinas que nos honren,
como otras veces de experiencia sabes;
vasallos tienes que sabrán quitárselas
y resistir su furia. ¿De qué temes
la fuerza de unos hombres embaidores,
que fingen fuego, truenos y relámpagos.
y no saben luchar, correr, dar saltos,
jugar un árbol, esgrimir un pino,
tirar un arco, derribar un toro
asido por los cuernos diestramente?

SILENO

Dice Tinguaro bien; y es cosa indigna
de tu valor temer los españoles,
que sólo con embustes son valientes.
¡Quién supiera como ellos hacer aves
de madera labrada, lienzo y cuerdas,
con que volar encima de las aguas!
¡Quién armas de metal resplandeciente,
con que resisten nuestras duras flechas!
¡Quién vestidos tan ricos de colores!
¡Quién aquellos cañones embutidos
de voces, de centellas y de bodas,
que vienen por los aires resonando!
Si ellos fueran valientes, cuerpo a [cuerpo
probaran nuestras fuerzas, o [esgrimiendo
como dice Tinguaro, un fresno, un [pino.

BENCOMO

Conozco, amigos, que esta gente astuta
lo que le falta en fuerzas, tiene en [ánimo;
pero debo estimar el alto ingenio
con que saben hacer cosas tan raras.
Bien sé que tengo yo vasallos tales,
que sabrán defenderme y ofendellos;
mas bien puedo quejarme de su fuerza
tirana para mí, pues no ofendiéndoles,
ni teniendo riquezas que codicien,
vienen a molestarme entre estos [montes

llenos de solos árboles y peñas;
pero venid conmigo y aplaquemos
al sol, que por ventura está enojado.

TINGUARO
Bien dices: hazle un grande sacrificio;
no perdones en él toros, ovejas,
aves, peces, olores, ni las vidas
de nuestros hijos.

BENCOMO
En el cielo espero
que, antes que por él salgan muchos
[soles,
habemos de vencer los españoles.

Vanse
Salen don Alonso, Lope Fernández, Castillo, Trujillo y soldados

ALONSO
Este sitio me parece
que era bien fortificar.

LOPE
Esta peña le guarnece,
y desta parte la mar
segura defensa ofrece.

ALONSO
A las espaldas las naves.
es la mejor.

LOPE
Ya tú sabes
cuánto los espanta el son
de un reforzado cañón.

ALONSO
Huyen como libres aves.
Sentémonos por aquí,
y hagamos nuestro consejo.

LOPE
¿Traerán asientos?

ALONSO
Por mí,
basta esta peña.

LOPE
En tu espejo
me miro.

ALONSO
Y yo, Lope, en ti.
Siéntense los capitanes,
y hagan los soldados tienda.

LOPE
Retírense atrás, galanes.
¿Qué habrá que tu brazo emprenda,
que no lo acabes y allanes?

ALONSO
Generosos caballeros,
en razón desta conquista
no tengo qué proponeros;
la tierra otras veces vista,
anime vuestros aceros.
Que della seréis señores,
y como conquistadores
la repartiréis, ganada
por los filos de la espada,
tantas veces vencedores.
Yo, aunque soy el General,
seré en partirla el menor
y con un soldado igual.
Lo que tengo por mejor
y juzgo por principal,
es que, pues de la riqueza,
que en bárbaros no hay ninguna,

no hay que tratar, la nobleza
....[1].
Del aljófar, oro, plata
y seda; estos Guanches son
gente que en ganados trata,
lejos de toda ambición.
La tierra es bella, y podría
tener en sí más provecho
del que por bárbaros cría;
ya hemos venido, esto es hecho,
esto es honra vuestra y mía,
y de España lo es también.
Lo que hemos de hacer se trate,
y buen principio nos den,
porque su fe se dilate,
pues nuestros intentos ven,
los cielos, que aquí nos guían.

LOPE
Si lo que estos montes crían
es honra, victoria y fama,
que desde España nos llama,
y que sus reyes nos fían,
¿qué tenemos que tratar
más interés que la guerra?
La isla se ha de ganar;
ya, sin ganar esta tierra,
no hay que volver a la mar.
Trátese cómo ha de ser
la entrada, y con qué concierto.

CASTILLO
Si me pedís parecer,
desde que tomamos puerto
se entrará a reconocer.
¿Qué estáis tratando si tienen
o no tienen estos fieros,
que con las bestias convienen?
Haced sacar los aceros
que en vuestro servicio vienen,
y probemos la fortuna.

TRUJILLO
Si ha de entar persona alguna
a reconocer, haced
a Trujillo esta merced,
que no quiere otra ninguna.

CASTILLO
Y ¿no merece Castillo
esta empresa como vos,
señor capitán Trujillo?

ALONSO
De la ambición de los dos
me quejo, y me maravillo
no tengamos pesadumbres
al principio de la guerra.

LOPE
Son ya sus viejas costumbres.

CASTILLO
Yo sé un poco desta tierra.

TRUJILLO
Y yo he pisado sus cumbres.

CASTILLO
¿Ha de faltar ocasión
para que ganéis después
en la conquista opinión?

TRUJILLO
La principal, ésta es,
puesto que todas lo son.

[1] Faltan dos versos.

ALONSO
Caballero, bien está;
dése un medio.

LOPE
¿Cuál será?

ALONSO
Echa suertes.

LOPE
Eso es justo.

TRUJILLO
Diga Castillo su gusto.

CASTILLO
Con eso le he dicho ya.

ALONSO
Retiraos, Lope, a esta parte.

LOPE
¿Cómo han de ser?

ALONSO
Deste arte.
Sacad, como yo, la daga.

LOPE
¿Qué queréis que diga o haga?

ALONSO
Esta suerte se reparta
entre los dos desta suerte:
que el que con la mía acierte,
a reconocer se parta.

LOPE
Tomad, y allá las reparta
su elección.

ALONSO
Castillo, advierte:
¿cuál destas dagas te agrada?

CASTILLO
La dorada.

ALONSO
¿A ti, Trujillo?

TRUJILLO
La misma.

LOPE
No hicimos nada,
porque Trujillo y Castillo
ven que es tuya la dorada.

ALONSO
Vuelve a retirarte aquí.
¿Qué haré?

LOPE
Dos ciudades di,
o dos capitanes fuertes.

ALONSO
César y Alejandro.

LOPE
En suertes,
César fuera para mí.

ALONSO
Capitanes aquí están,
César y Alejandro: ¿a quién
escogéis?

CASTILLO
Otros dirán
a Alejandro, y dirán bien,
que fue el mayor Capitán.

Pero yo a César me inclino,
porque supo lo que obró.

TRUJILLO
Yo al griego, que fue divino.

ALONSO
Quien dijo a César, ganó.

CASTILLO
Por aquí tomo el camino.

Váyase

LOPE
¡Con qué determinación
parte!

ALONSO
Es gallardo soldado.

TRUJILLO
Suertes y mujeres, son
para dichosos.

ALONSO
Formado
quede el valiente escuadrón
para cualquiera suceso.

LOPE
Algún temerario exceso
temo de Castillo.

ALONSO
Si él
se empeña en algún tropel,
no escapa de muerto o preso.

Entre la Infanta acompañada de algunos bárbaros

DACIL
Retiraos todos allá,
cuanto ninguno me vea.

SILEY
Aquí la espadaña y nea
bien alta y crecida está.
Ninguno te puede ver.

MANIL
¡Qué de melindres y extremos!

FIRÁN
¡Hola! ¿Quieres que acechemos?

MANIL
Sí ¿cómo pudiera ser?
Por ver si tanta hermosura
y peregrina belleza
igualó naturaleza
a la exterior compostura.
Mas mira que son rodeos
de que resultan enojos,
porque dar gloria a los ojos
es infierno a los deseos.

Váyase

DACIL
Agua suave y ligera,
que mansamente corriendo,
parece que vas haciendo
camino a la primavera,
siendo los más rigurosos
del insufrible verano,
extiende tu blanca mano
por este cristal hermoso.
Apercibe un blanco lecho
en las ondas desta fuente,
porque a su fácil corriente
ponga el abrasado pecho.

Tú, hierba, esconde en tus flores
arco, flechas y vestido.
... ...[2].
entre tu varias colores;
porque las suyas poner
con las muchas que me enseñas,
si no es poniendo unas señas
no le podré conocer.
Esta rama quede aquí;
aves, en ella os sentad,
cantaréis la libertad
con que sin amor nací.
Todos dicen que es amor
una pasión que conquista
la libertad por la vista,
con apacible dolor.
Pero yo no la he perdido;
que de mil cosas que veo,
ninguna he dado al deseo,
ni el alma por el oído.
¡Válgame el sol! ¿Qué es aquello?
¿Es gigante aquel tan alto,
que con uno y otro salto
viene levantando el cuello?
Hombre parece, y vestido.
Pero ¿cómo, si lo es,
camina con cuatro pies?
¡Ay, triste, si me ha sentido!
Dos caras tiene; mas no,
que ya en dos se va partiendo;
uno es chico (no lo entiendo
si es persona como yo);
el otro ha dejado al pie
de un árbol; él viene acá;
¡ay, Dios, si me matará!
Yo soy muerta si me ve.
Pero quiérome subir
en un álamo de aquéstos,
que sobre la fuente puestos
miran las aguas reír.
En él estaré segura,
porque llamar a mi gente,
tan lejos de aquesta fuente,
será cansancio y locura.

Súbase en unos riscos, que estarán hechos con ramas, y éntre el capitan Castillo, armado

CASTILLO

Con el peso de las armas,
el fuerte calor del tiempo
y el cuidado del camino,
traigo un volcán en el pecho.
Parece que son las plumas
llamas del ardiente fuego
que por las venas exhalo,
y todo mi cuerpo incendio.
Orillas deste pantano,
buscando el principio vengo
de su arroyo, que ha dos horas
que mi sudor propio bebo.
¡Qué hermosa y fresca laguna!
Parece un luciente espejo.
¡Qué fuente sonora y mansa!
¡Juega perlas con el viento!
Beber quiero, que ella misma
parece que está diciendo:
Brindis, capitán Castillo,
en esta copa de hielo.
¡Bendígate Dios, amén,
claro, segundo elemento,
templaza de los cansados,
ídolo de los enfermos!
¡Más vales en ocasiones,
aunque no quiera el Tudesco,

[2] Falta un verso.

que el vino aromatizado!
Otra vez te abrazo y beso.
Lavarme quiero la cara,
pues para limpiarme luego,
he de traer, o me engaño,
en la faltriquera el lienzo.
¡Ah, guerra y más de conquistas
de bárbaros tan diversos
de la humana policia,
extraños son tus sucesos!
Ya nos habemos lavado;
bien será que descansemos
en esta margen florida,
en cuya alfombra me siento.
Mas ¡qué de imaginaciones,
qué de varios pensamientos
acuden a un hombre solo,
y en los campos a lo menos!
Aquí pensara un poeta
escribir en dulces versos
la fábula de Narciso,
el príncipe de los necios,
que se enamoran de sí.
Aquí, algún viejo avariento,
si estos montes fueran de oro
y estas arenas dineros.
Aquí, un jugador, sus flores
y las ganancias del juego;
cómo unos naipes se hacen
y cómo se estudia en ellos.
Aquí, un letrado, en sus Baldos;
un médico, en sus Galenos;
un tomista, en sus cuestiones;
un amante, en sus deseos,
y un soldado, como yo,
que anda por reinos ajenos,
si ha de volver a sus naves.
Pero ¿qué es esto que veo?
¿Cómo puede ser que haga
dos sombras mi propio cuerpo,
como se ven en las aguas
deste cristalino espejo?
Cuando en el vino las viera,
no fuera el milagro nuevo;
pero verlas en el agua
no carece de misterio.
Alzo la vista a los olmos
que en las ondas están viendo
sus verdes ramas. ¡Ay, Dios!
No en vano dos sombras fueron
las que retrataba el agua.
¡Qué bello hermoso mancebo,
si, por dicha, no es mujer,
como lo muestra el cabello!
Mas ¿si es ave destas islas?
que los que del Mundo Nuevo
vuelven a España, nos cuentan
mil embelecos como éstos.
¡Ox, ox! ¡No es ave, por Dios!
Si es fruta, no tiene precio.
¡Bien haya el árbol que lleva
fruto de tanto sustento!
Aunque un filósofo dijo,
viendo la mujer de un griego
en una higuera ahorcada
por cierto enojo de celos,
que si todas las higueras
llevaran higos de aquellos,
fuera el árbol más hermoso
de cuantos sustenta el cielo.
Mas ¿si es ángel, por ventura?
Que en muchas historias leo
que a capitanes cristianos
en guerra se aparecieron.
Quiérome hincar de rodillas:
ángel, nunca fui tan bueno
que vengas a visitarme,
ya ves las faltas que tengo;
soy el capitán Castillo;
enamoro, juro, juego,
puesto que trato verdad
y por tu Señor peleo.

Dos mil heridas me han dado
por la Fe... ¡Callas! Mas creo
que buscas mi General,
santo y devoto en extremo
del arcángel San Miguel;
mas ¿para qué me detengo?
Si eres alguna invención
destos bárbaros isleños,
que adoran, tratan y hablan
con los diablos del infierno...
asirle quiero de un pie.

DACIL

¡Tente, español!

CASTILLO

¡Santos cielos!

DACIL

¡Tente, español!

CASTILLO

Angel, baja,
y pues tienes lengua, hablemos.

DACIL

Ya bajo

CASTILLO

¿Qué es lo que dices?

DACIL

Que bajo.

CASTILLO

Poco te entiendo,
y habrá menos que eres ángel,
porque sospecho que, a serlo,
hablar español supieras.
No he visto rostro tan bello:
¿quién eres, bárbara hermosa?

DACIL

Una mujer que, temiendo
tu furia, allí me subí.

CASTILLO

A mi fortuna agradezo,
y de mayores venturas
lo tengo por buen agüero,
que seas la primer cosa
que en estas montañas veo.
Tres días ha que camino
por lagunas y por cerros,
para hallar a quién llevar
a los amigos que dejo
en las naves que nos traen.
¿Entiéndesme?

DACIL

Poco entiendo.
Y a no haber de otras jornadas
tres o cuatro compañeros
tuyos quedado en la isla
por cautivos de su dueño,
no te entendiera palabra;
que, por mi contento, aprendo
algo de vuestro español.

CASTILLO

¿Quién eres?

DACIL

Esto.

CASTILLO

¿Qué es esto?

DACIL

Lo que ves.

CASTILLO

¿No tienes nombre?

DACIL

Dacil me llamo, y ya puedo
llamarme cautiva tuya.

CASTILLO

Dacil, no temas.

DACIL

No temo.

CASTILLO

Yo soy un hombre español.

DACIL

¡Lindo español!

CASTILLO

Aquí vengo
con estos conquistadores.

DACIL

¡Lindo español!

CASTILLO

Hoy me han hecho
reconocer esta isla.
Perdóname, que te llevo,
para que cuentes allá
la disposición del reino
y lo que importa saber
antes que por él entremos.

DACIL

¡Lindo español!

CASTILLO

No soy lindo;
trigueño sí, barbinegro,
aunque ningún boquirrubio
me la ha ganado en lo tierno;
que aunque en la guerra me tienen
por atrevido y soberbio,
delante de una mujer
soy un tímido conejo.
¿Vesme aquí? Pues vive Dios,
que me acontece riñendo
matar dos y herir catorce,
de suerte alentado y diestro;
y volviendo a ver mi dama,
llorar dos horas de celos,
y sufrirle bofetones,
araños, voces y enredos.
¿Entiendes esto que digo?

DACIL

¿Dices que llevas propuesto
matar muchos de nosotros,
y a mí, que también soy de ellos,
darme muchos bofetones
y tirarme los cabellos?

CASTILLO

Conciértame esos laúdes.
Mas ¿para qué gasto tiempo?
Caminemos por aquí.

DACIL

¡Lindo español!

CASTILLO

Yo les llevo
un papagayo. ¡Por Dios,
que pienso que está diciendo,
cada vez que aquesto dice:
"Daca la barca, barquero!"

Vanse

Salgan los bárbaros, Siley, Manil, Firán y otros con mazas y arcos

SILEY

Hame dado cuidado su tardanza.

MANIL

Tienes mucha razón; y ser podría
que, pensando en el agua hallar
[templaza
la sepultase ya su arena fría.

FIRÁN

Yo la llamé cuanto la voz alcanza,
pero no respondió

SILEY

¡Señora mía!
¡Hermosa Infanta! Sólo me responde
el eco, que en los árboles se esconde.

MANIL

¡Dacil! ¡Ah, Dacil!

SILEY

Tiempo es ya perdido;
sin duda se ahogó, ¡triste! ¿Qué
[haremos?

FIRÁN

No. Manil, que estuviera aquí el vestido

MANIL

Destas sendas los céspedes miremos.

SILEY

Algún extraño mal le ha sucedido;
por esta senda misma caminemos,
que señas ha dejado, a la costumbre
nuestra, de su desdicha y pesadumbre.
La sarta que de blancos caracoles
llevaba al cuelo, de ámbar embutidos,
en señal que la llevan españoles
rompió, y dejó en las sendas esparcidos.

MANIL

No hay más de que unas tocas
[enarboles,
o dos cendales desse fresno asidos,
para que los cincuenta nos juntemos.

FIRÁN

Por estos caracoles la hallaremos.

SILEY

Veis aquí uno.

FIRÁN

Y éste otro; vamos
siguiendo este camino.

MANIL

Dos son éstos,
¡Qué ventura será si los hallamos!

SILEY

Veis aquí tres sobre esta hierba puestos.

FIRÁN

¿No es gente aquélla, entre esos
[verdes ramos?

SILEY

Aquí esperad; para morir dispuestos,
cincuenta somos. ¿Qué teméis?

MANIL

Espera,
que un hombre es solo. ¿Morirá?

SILEY

No muera.

Salen Dacil, Infanta y el capitán Castillo

CASTILLO

Parece que no me guías
hacia la mar, y a la tierra
te vuelves.

DACIL

Tu miedo yerra,
y en ese engaño porfías;
que no voy tan descontenta
como imaginas, contigo.

CASTILLO

Bien puedes irlo conmingo;
que va tu honor a mi cuenta.
Mi nombre es Castillo, y vas
como dentro de un castillo.

DACIL

De un hombre me maravillo.

CASTILLO

Tus prendas merecen más.

DACIL

Por lo que en tu trato advierto,
o tú eres el más honrado
del mundo, o yo no te agrado,
que debe de ser lo cierto.

CASTILLO

En lo postrero te engañas;
mas contigo me sucede
lo que a un hombre que ver puede
frutas de tierras extrañas,
que viéndolas tan hermosas,
bien las desea comer,
mas teme que pueden ser
por ventura venenosas.
Confiésote que no sé
comer, Dacil, tu hermosura;
que temo que en tu blandura
mi muerte y veneno esté.

DACIL

Tenéisnos por hechiceras
a las bárbaras canarias
los españoles.

CASTILLO

Las varias
naciones siempre estranjeras,
de los peligros se guardan.

SILEY

¡Matalde, tiempo es agora!

CASTILLO

¿Ves como es verdad, señora?
Pero nunca se acobardan
los Castillos como yo.

DACIL

¡No le matéis!

CASTILLO

Ni podrán.

DACIL

Yo lo mando, capitán;
¡no le matéis!

SILEY

¿Cómo no?

CASTILLO

Déjalos, si quieres ver
lo que vale un español.

SILEY

¡Yo solo a ti, por el sol!

DACIL

Haréisme descomponer.
El español ha venido
con la armada de Canaria,
que tantas veces contraria
para Tenerife ha sido.
Entrando a reconocer
me halló, y tan bien me ha tratado,
que a lo que veis me ha obligado.

SILEY

Yo te debo obedecer;
pero el Rey se ha de enojar.

DACIL

Enoje. Manil...

MANIL

Señora...

DACIL

Con este español agora
has de ir en guarda hasta el mar;
que él te tratará muy bien.

MANIL

Yo haré tu gusto, que es justo.

DACIL

Esto que digo es mi gusto.

MANIL

Español, conmigo ven.

DACIL

Parte, español, y si acaso
allá te acuerdas de mi...

CASTILLO

Que me acordaré de ti,
ten por sin duda.

DACIL

Habla paso,
y toma aqueste cordón
en señal de que me pesa
de no ir contigo presa,
quedando en mayor prisión.

CASTILLO

Pues yo, ¿qué e puedo dar?
Mas estas plumas te doy,
porque si ya tuyo soy,
no tengo más que volar.

DACIL

Vaya el sol contigo.

CASTILLO

¿Cómo,
si en ti se me pone el sol?

MANIL

Por aquí ven, español.

CASTILLO

Fortuna, el partido tomo.

DACIL

Oye, Castillo.

CASTILLO

Señora...

DACIL

¿Tenéis mujeres allá?

CASTILLO

Ninguna aquí.

DACIL

Bien está.
Vete, español, en buen hora.

CASTILLO

¡Que era la hija del Rey!
¡Famosa ocasión perdí!
¿Por dónde iré?

MANIL

Por aquí.

Vanse Castillo y Manil

DACIL

Camina agora, Siley.

SILEY

A fe, que se ha de enojar
tu padre de lo que has hecho.

DACIL

Que me está más bien, sospecho,
dejar que se vuelva al mar,
que verle comingo ir.

SILEY

¿Por qué?

DACIL

Porque ese por qué
yo le siento, yo le sé
y no le quiero decir.

Salen el capitán Trujillo y un soldado

SOLDADO

Después que diste vuelta a la ribera
para ver si Castillo parecía,
vino el caballo solo, que pudiera
exceder la lealtad y valentía
del que estimó Alejandro de manera,
que de jaspes y mármoles, un día,
le hizo labrar túmulos diversos,
y honralle de epigramas y de versos.

Rotas las riendas, rotos los estribos
y herido de las ramas deste monte,
aunque con pies tan sueltos y ojos
[vivos
que le pudo envidiar Belerofonte;
fueron con él los llantos excesivos
de todo el escuadrón; cogióle Aponte,
cuyo había sido, que, con justo miedo,
en viéndole llegar, se estuvo quedo.

Todos, en fin, de parecer han sido
que no es posible que quedase preso
el capitán, pues el caballo, herido,
se vino al mar desde ese monte espeso.
Por muerto se ha llorado y se ha tenido,
culpando todos su atrevido exceso,
y el General, piadoso, a honrarle viene
con el postrer honor que un muerto
[tiene.

Hicieron en un risco un altar
[santo,
con una imagen del Arcángel bello
que contra el gran lucero pudo tanto,
que del cielo le echó por el cabello.
Aquí se ha hecho un túmulo,
[entretanto
que en Canarias, mejor, pueden hacello,
donde, sobre una tumba, entre dos
[cruces,
a mandado poner algunas luces.

TRUJILLO

Mal agüero ¡por Dios! de la
[victoria,
hacer hoy las exequias de Castillo,
aunque así las merece su memoria.

SOLDADO

Del General, señor, me maravillo.

Sale don Alonso, y una caja con luto,
Lope Fernández, un alférez con una

bandera arrastrando, y descúbrase un túmulo con dos o tres luces.

ALONSO
Téngale Dios, soldados, en su gloria.

LOPE
Aquí ha llegado el capitán Trujillo.

ALONSO
Honrarésis, capitán, un gran soldado.

TRUJILLO
Y el amigo que tuve más honrado.

ALONSO
Salió de aquí con el valor que [vistes,
y trújonos las nuevas de su muerte
el caballo de Aponte, que más tristes
nos dejó su piedad y ánimo fuerte.

TRUJILLO
Si a cualquiera difunto luto vistes,
bien ganarás la isla de esta suerte,
no porque de su honor, señor, me pesa
mas porque alargas nuestra honrosa [empresa.

Salen Castillo, capitán, y Manil.

CASTILLO
Entra, que ya no es razón
que te vuelvas sin que hables
al General de la armada.

MANIL
Agravio, español, me haces;
que yo no vengo cautivo,
pues me mandaron guiarte.

LOPE
Señor, ¿no es aquél Castillo?

DON ALONSO
¡Válgame Dios!

CASTILLO
Capitanes,
¿qué nueva capilla es ésta?
¿Es muerto Lope Fernández,
o el general don Alonso?

ALONSO
Por ti las honras se hacen;
que todos estamos vivos.

CASTILLO
Mil años el cielo os guarde.

LOPE
Tu caballo, maltratado,
que por esos arenales
vino sin ti, nos ha puesto
en cuidados semejantes.

CASTILLO
Yo os lo agradezco, señores,
mas mucho os anticipastes;
que no tengo gana agora
de morirme ni enterrarme.
Días estuve perdido
en esas lagunas grandes,
hasta que en una topé
una presa razonable,
porque era del rey Bencomo
la hija, la infanta Dacil,
que se bañaba en sus aguas
la siesta de aquella tarde.
Esta traía conmigo,
pero, siguiendo el alcance
cincuenta bárbaros, ella

no consintio que me maten.
Y para que más seguro
hasta la mar me guiase,
de su servicio me dio,
como lo véis, ese guanche.

ALONSO

¡Prodigiosa historia!

LOPE

¡Extraña!

TRUJILLO

¡Es preregrina y notable!
¿Entiendes algo?

MANIL

Sí, entiendo.
Que aunque de bestias nos traten
allá vuestros españoles,
no somos tan ignorantes;
las veces que habéis venido,
por maestros nos dejastes
algunos cautivos vuestros;
sino hablo bien, perdonadme.

ALONSO

¿Sabe tu Rey mi venida?

MANIL

De un agorero lo sabe.

ALONSO

¿Tiene gente?

MANIL

Gente tiene.

ALONSO

¿Gente bastante?

MANIL

Bastante,
porque aunque fuéramos pocos,
uno de los nuestros vale
por un millón de vosotros,
que sois, como dice el traje,
hombres de poco valor.

ALONSO

Ya puede ser que te engañes,
porque en los cuerpos pequeños
caben corazones grandes.

MANIL

¿Cómo podéis tener fuerzas
para las nuestras iguales,
atacados y ceñidos
por el cuerpo en tantas partes?
El cuello en las lechuguillas,
la cintura en ese traje,
que allá nombráis zaragüelles
y hacéis ver si cogen aire;
los brazos, en esas mangas,
y los pies, para que anden,
en zapatos tan estrechos.
Las piernas, ¿de dónde salen,
atadas con esas ligas?
Ni es posible que se ensache
con tan estrechas ropillas
el corazón por las carnes.
Acá sí que, en traje libre,
hallaréis hombres gigantes
que se comerán un toro
y se beberán dos mares;
y machacarán de un golpe,
con un cepejón de un sauce,
diez ó doce de vosotros.

TRUJILLO

Bueno está, isleño, no hables;
y si os precias de valientes,

retirémonos aparte
y luchemos una apuesta.

MANIL

¡Si fuera seis años antes,
tú me vieras victorioso!
porque agora, ciertos males
han marchitado mis brios.

ALONSO

No le enojemos, dejalde.
Mas, pues ya viniste aquí,
dime: ¿Es tu Rey hombre grave?
¿Castiga, premia, en qué entiende?
¿Tenéis leyes? ¿Hay ciudades?
¿Cómo os gobernáis aquí?

MANIL

Espántome que callases
si tenemos plata y oro.

ALONSO

No lo busco.

MANIL

Ni te canses.
Pobres cabañas tenemos;
leyes, no hay quien las quebrante;
acá no hay hombre que mienta,
ni a su Rey se atreve nadie;
lo que él manda, se obedece;
lo que él quiere, eso se hace.

ALONSO

¿Cómo te llamas?

MANIL

Manil.

ALONSO

Llévale, así Dios te guarde,
de todo lo que aquí miras,
un presente de mi parte.

MANIL

¿Qué llevaré?

ALONSO

Tú lo escoge.

MANIL

Dadme un cuello.

CASTILLO

Que te agrade.
El mío, Manil, deseo.

MANIL

Pues ése quiero llevarle.

CASTILLO

Toma.

MANIL

Yo parto contento.
A fe, que el Rey me lo pague.

ALONSO

¿Por qué?

MANIL

Porque llevo el molde
de los cuellos arrogantes,
donde tome la medida
para que los corte y mate.

TRUJILLO

Bárbaro, dile que el lienzo
será su flaqueza fácil,

que lo que dentro venía
eran columnas de jaspe.

ALONSO
Póngase la gente en orden,
y por ese monte marche;
que yo espero la victoria
en la espada de aquel Angel.
Y basta vivir. Castillo.

CASTILLO
¡Vive Díos, que sólo baste
a sorberme, como huevos
frescos, canastas de Guanches!

ACTO SEGUNDO

Salen Bencomo, Tinguaro, Siley y otros bárbaros

BENCOMO

Pues ¿qué me quieren a mí
estos españoles locos?

TINGUARO

Ya te digo que son pocos.

BENCOMO

¿Sábeslo bien?

TINGUARO

Señor, sí;
que Manil habló con ellos.

BENCOMO

¿Quién es Manil?

TINGUARO

Un pastor
de mi ganado.

SILEY

El valor
natural que vive en ellos,
sin otro interés, los mueve.

BENCOMO

Pues si es deseo de gloria,
Guanches, notable memoria
la fama a su nombre debe.

Yo soy un Rey que el primero
salgo a guardar mi ganado;
es mi palacio dorado
la cueva de un risco entero.

De una vez Naturaleza
mis aposentos labró;
en ellos no encierro yo
la codiciada riqueza.

Sobre pieles de animales
duermo hasta que sale el día,
desde que la noche fría
baña sus negros umbrales.

Es harina de cebada,
en un guanigo molida,
mi sustento y mi comida,
sobre unas brasas tostada.

Alguna silvestre fruta
a aquellos árboles debo;
agua con las manos bebo
de aquella riscada gruta.

Si algún vasallo en el mar
halla un caracol o bucio,
muy limpio, oloroso y lucio,
me le suele presentar.

Este, y otros más pequeños,
me cuelgo alguna mañana
del cuello, en trenzas de lana,
cuando hacéis fiestas, isleños.

Pues si toda mi riqueza
es dos limpios caracoles,
¿a qué vienen españoles
a conquistar mi pobreza?

TINGUARO

Si las veces que han venido
tantas vidas han dejado,
¿qué es lo que te da cuidado?

BENCOMO

Ver que despiertan mi olvido.
Por dicha, ¿voy a buscar
a los españoles yo?
¿Qué pajaro me llevó
por encima de la mar?
¿Tengo yo rayos y truenos
como ellos? ¿Formo yo acaso
fuego con que un hombre abraso,
de que todos vienen llenos?
¿Traigo yo picos agudos,
sino estos dardos tostados,
y algunos ramos cortados,
ya de sus hojas desnudos?
El arco y flechas, ¿no son
armas hidalgas del mundo?
¿En qué fuego oculto fundo
la muerte, engaño y traición?

Entre Manil con el cuello

MANIL

Poderoso rey Bencomo,
sabe que vengo de ver
todo el español poder.

BENCOMO

¿Tú, Manil?

MANIL

Sí, señor.

BENCOMO

¿Cómo?

MANIL

Yo fui con un capitán
gallardo, así el sol me ayude,
y en cuanto conocer pude
de los buenos que allá están.
Y sirviéndole de guía,
por mandado de la Infanta,
vi que su fuerza no es tanta
como su loca osadía.
Hablé con su General,
y él de ti me preguntó;
respondíle, y pienso yo
que a propósito y no mal.
Sus pájaros negros vi,
y de lienzo son sus alas,
con palos, cuerdas y escalas,
que diz que vuelan así.
Sus armas y trajes bellos
no juzgo a cosa tan fuerte,
que no les halléis la muerte
si se la buscáis por ellos.
Díjome aquél su mayor
que te escogiese un presente
de la mejor de su gente,
y éste te traigo, señor,
porque veas de qué modo
traen los cuellos armados
los españoles soldados.

BENCOMO

Muestra a ver.

MANIL

Mírale todo.

BENCOMO

Esto, cosa blanda es;
si esto defiende sus cuellos,
bien podéis cortar en ellos.

MANIL

Cuanto desde lejos ves,
desde cerca es todo ansí;
... ...[3]
No hay que temer, gran señor.

BENCOMO

A mi hija aquéste lleva.

MANIL

Por gala española y nueva
tendrá el presente a favor,
porque desde ayer está
llena de mortal tristeza.

BENCOMO

Esta española fiereza
notable pena le da.
Ya se imagina cautiva,
y ansí, soy de parecer,
porque contento y placer
de su venida reciba,
que contra los españoles
hagáis fiestas, bailes, juegos,
convites y grandes fuegos.

SILEY

Si ellos duraren tres soles
sin que se alarguen al mar,
tenme por hombre imprudente.

BENCOMO

Junta, Tinguaro, la gente,
no a salir, sino a esperar;
que en medio de esta montaña
les quiero hacer un engaño.

TINGUARO

Más en tu bien que en tu daño
vive esta gente de España.

Vanse todos

MANIL

Aunque al español traté
poco tiempo y de camino,
a su valor peregrino
aficionado quedé.
No me enfada su nación,
aunque volví por la mía,
y de verle me holgaría
si se ofreciese ocasión.
Mas quiero dar el presente
a la Infanta; aunque ésta es.

Sale Dacil

Dame, señora, esos pies.

DACIL

¡Oh, Manil!

MANIL

El cielo aumente,
gran señora, tu hermosura.

DACIL

¿Cómo queda el español?

MANIL

Con la belleza que el sol,
ansí Dios me dé ventura.

[3] Faltan dos versos.

DACIL
¿No es gallardo?

MANIL
Yo no vi
hombre que así me agradase;
díjome que te acordarse
que está sin alma por ti.

DACIL
Pues ¿dónde se le cayó?

MANIL
En ti dice que la tiene.

DACIL
¿En mí?

MANIL
Si a jurarlo viene,
dale el crédio que yo.

DACIL
Si el español me la diera,
¿yo no la viera, Manil?

MANIL
Será cosa tan sutil,
que se entrará dondequiera.

DACIL
No la siento, ¡por el sol!

MANIL
Pues, sin duda, está contigo.

DACIL
Busquemos, Manil amigo,
el alma deste español.

MANIL
Mira si está en el cabello.

DACIL
¿Cómo puedo yo contar
las hebras?

MANIL
Púdose entrar
a los pechos por el cuello.

DACIL
Ya la miro, y no está aquí.

MANIL
Pues el español no miente,
que es gallardo y es valiente
cuanto en mi vida le vi.
Desnúdate, y por ventura
la hallarás donde sospecho.

DACIL
No sé qué traigo en el pecho
desde que vi su hermosura,
que no me deja dormir
ni en cosa tener placer.

MANIL
El alma debe de ser,
que allá debe de vivir.

DACIL
Pues ¿por dónde se entraría?

MANIL
Por los ojos, digo yo.

DACIL
Por ellos, sin duda, entró;
¿hay mayor hechicería?
¡Triste de mí, que no en vano
no podía yo dormir!

MANIL

Que éstos deben de venir
llenos de hechizos, es llano.

DACIL

Tal estoy desde ayer tarde,
que me muero y no sosiego;
todo el pecho es vivo fuego.

MANIL

A la fe, que yo me guarde
de que ningún español
me meta el alma en el pecho.
Dilo a tu padre.

DACIL

Sospecho
que tiene ofendido al sol.

MANIL

Este cuello me ha mandado
que te dé, porque ya sabe,
Dacil, tu tristeza grave.

DACIL

¿Quién te lo dio?

MANIL

Aquel soldado.

DACIL

¿Mi capitán?

MANIL

Sí, señora.

DACIL

Dejámele dar mil besos,
que no son muchos excesos
de quien en su dueño adora.
¿Podrémele yo poner?

MANIL

¿Por qué no?

DACIL

Ayúdame.

MANIL

Aguarda.

DACIL

¿Estoy bien?

MANIL

Estás gallarda.

DACIL

¡Oh, quién se pudiera ver!

MANIL

Bien puedes mirarte en mí.

DACIL

Si fueras quien digo yo.

MANIL

Dame el alma que te dio
y seré español ansí.
Mas en una fuente ponte
a mirar tu hermosa cara,
que baja risueña y clara
de las quiebras de aquel monte,
y sabrás cuán bella estás.

DACIL

Vamos. ¡Ay, hombre hechicero!
si ya con dos almas muero,
di, ¿para qué me la das?
mas si esto tenéis por palmas,
si os hablo me he de tapar
los ojos, para excusar
que no se me entren las almas.

Entrense, y salgan el capitán Trujillo y Palmira, bárbara.

PALMIRA

Si por ese monte abajo
quieres llegar a las cuevas,
entre esas olivas nuevas
hallarás un verde atajo;
luego una fuente pequeña
que forma en el prado un charco,
y cuanto un tiro de un arco,
enfrente una blanca peña.
Allí, español capitán,
comienza la habitación
de aquesta nuestra nación,
donde ya juntos están
todos los más importantes,
los más valientes y diestros
de los nobles Guanches nuestros,
en que hay algunos gigantes.
Ayer fue mi padre allá,
que por eso estás aquí,
y el compañero que allí
con mi amiga Erbasia está.
Dicha habéis los dos tenido
en que estén en su consejo;
que, aunque ya mi padre es viejo,
es valiente y mal sufrido.
Al principio llevé mal
darte esta noche posada
en mi cueva mal labrada,
aunque español principal.
Mas después que conocí
la blandura de tu trato,
perdí el honesto recato,
y la libertad perdí.
Ya me pesa que te vayas,
y ¡plega a Dios que tengáis
la tierra que deseáis
en estas desiertas playas,
y que no os maten aquí,
como otras veces, los nuestros!

TRUJILLO

Son estos bárbaros vuestros,
si me das crédito a mí,
locos en no nos querer
por amigos, pues queremos
darles la fe que tenemos.

PALMIRA

Por lo que puedo entender
de vuestra lengua, español,
sé que engañados están;
pero ¿comó dejarán
por ese tu Cristo al sol?
Cuanto a mí, yo te prometo
que le quiera desde aquí.

Sale Valcázar, soldado, y Erbasia, bárbara.

ERBASIA

¿Haste de acordar de mí,
español noble y discreto?

VALCÁZAR

Tiénesme tan obligado
del presente acogimiento,
que por todo extremo siento
partirme, a fe de soldado.
A reconocer la tierra
salimos Trujillo y yo.
¿Entiéndesme bien?

ERBASIA

¡Pues no!

VALCÁZAR

Que esto es costumbre en la guerra.
Llegamos anoche aquí;
tú y esa tu amiga fuistes

tan corteses, que nos distes
cena y posada.

ERBASIA

Es ansí.

VALCÁZAR

Pues ¿quién se podrá olvidar
de tan justa obligación?

ERBASIA

¿Qué prenda de tu afición
me dejas?

VALCÁZAR

Quiero dejar
el alma.

ERBASIA

Muéstrala, a ver.

VALCÁZAR

Ya te la he dado.

ERBASIA

¿Tú a mi?

VALCÁZAR

Sí.

ERBASIA

¿Cuándo?

VALCÁZAR

Esta noche.

ERBASIA

Y di,
¿el verla no puede ser?

VALCÁZAR

Dentro de ti la hallarás
después que me haya partido.

PALMIRA

Dime, español bien nacido,
si de mí te acordarás.

TRUJILLO

En prendas de la memoria
que pienso tener de ti,
Palmira, el alma te di,
de amor la mayor victoria.

PALMIRA

¿El alma?

TRUJILLO

Pues ¿no la ves?

PALMIRA

No la he sentido, ¡por Díos!

TRUJILLO

Pues juntas están las dos.

PALMIRA

Yo la buscaré después.
Y estoy muy agradecida
que tu alma me hayas dado.

TRUJILLO

Yo estoy con grande cuidado.
Quédate con Dios, mi vida;
que si Dios nos da victoria,
nos volveremos a ver.

PALMIRA

De tu alma has de tener,
aunque no quieras, memoria.

TRUJILLO
Valcázar...

VALCÁZAR
¿Qué hay, capitán?

TRUJILLO
Que nos partamos de aquí.
¿Lloran?

VALCÁZAR
Sospecho que sí.

ERBASIA
Palmira...

PALMIRA
¿Qué?

ERBASIA
¡Ya se van!

PALMIRA
No pasé en toda mi vida
noche con mayor cuidado.

TRUJILLO
En una cueva encerrado,
yo la tuve por perdida.
Cayéndome estoy de sueño.

VALCÁZAR
Y yo, en viendo algun lugar
donde pueda descansar,
doy a mis sentidos dueño.

Váyanse

PALMIRA
¡Ay, Erbasia, ya se han ido!

ERBASIA
¡Lindos hombres!

PALMIRA
¡Por extremo!
que nos han de olvidar temo.

ERBASIA
Es imposible su olvido,
a lo menos para mí,
porque el alma me dejó.

PALMIRA
Si es por eso, también yo
dichosa en lo mismo fui.
Pero di, ¿cómo hallaremos
las almas que nos han dado?

ERBASIA
Buscándolas con cuidado.

PALMIRA
Y ¿adónde o cómo podemos?

ERBASIA
Vamos a ver a la Infanta,
que es la más sabia mujer.

PALMIRA
Bien dices, que en el saber,
a cuantas hay se adelanta;
y ella, contándole el caso,
nos dirá cómo tenemos
las almas de quien queremos.

ERBASIA
Pues alarga. Erbasia, el paso,
antes que se encienda el sol
por estas secas riberas.

PALMIRA
Ya no te irás aunque quieras;
que estás sin alma, español.

Vuelvan a salir Trujillo y Valcázar.

TRUJILLO
Esta peña me parece
segura para dormir.

VALCÁZAR
No puedo el sueño sufrir,
porque resistido, crece;
y la noche que he pasado,
temiendo siempre la muerte,
me le ha causado tan fuerte,
que me caigo de mi estado.

TRUJILLO
Valcázar, echaos aquí.

VALCÁZAR
Aquí, Trujillo, me duermo.

TRUJILLO
Ese es campo solo y yermo.

VALCÁZAR
Sólo sé que estoy sin mí.

Tinguaro, bárbaro y soldados; Arfino y otros.

ARFINO
Digo que los vi bajar
del monte.

TINGUARO
Si gente fuera
que aquí de guerra viniera,
no se alejara del mar.

ARFINO
Son éstos muy atrevidos.

TINGUARO
¡Por Dios, que tienes razón!
¿Son éstos?

ARFINO
Los mismos son,
que deben de estar dormidos.

TINGUARO
¿Tan vuestra la tierra es,
españoles fanfarrones?
¿Ya tenéis nuestras naciones
tan puestas a vuestros pies,
que desta suerte dormís?

ARFINO
¿Dejo la maza caer?

TINGUARO
Bajeza no se ha de hacer
cuando conmigo venís.
El que duerme, muerto está;
yo no he de matar los muertos.

ARFINO
Pues matémoslos despiertos.

TINGUARO
Arfino, tiempo vendrá.
El arma que trae ceñida
le quiero agora quitar,
y aun no quieren despertar.

ARFINO
Muestra a ver.

TINGUARO
Está vestida.

ARFINO
Quítale la camisola.

TINGUARO
No acierto.

ARFINO
Ponla en el suelo;
tira.

TINGUARO
Que es ansí recelo;
ved la traición española.

ARFINO
¡Ay, lo que dentro tenía!
Tócala, a ver.

TINGUARO
Estaos quedos.

ARFINO
¿Sueltas?

TINGUARO
¡Cortéme los dedos!

ARFINO
¡Qué traición!

TINGUARO
¡Qué alevosía!
¿Por dónde se ha de tomar?

ARFINO
Alzala por la cabeza.

TINGUARO
¡Arma extraña!

ARFINO
¡Hermosa pieza!

TINGUARO
¡Quién la supiera jugar!
Pero veréis ¡vive el sol!
que los he de echar de aquí
con la misma.

ARFINO
Para mí
quiero la deste español.

TINGUARO
No se la quites.

ARFINO
¿Por qué?

TINGUARO
Porque sólo he de cumplir
lo que he dicho, hasta morir,
aunque jugarla no sé.

Váyanse.

VALCÁZAR
¡Hola, Trujillo!

TRUJILLO
¿Que hay?

VALCÁZAR
¿Habeis sentido ruido?

TRUJILLO
Gente pienso que he sentido.

VALCÁZAR
¿Si son los bárbaros?

TRUJILLO

¡Ay!

VALCÁZAR

¿Qué buscáis?

TRUJILLO

La espada.

VALCÁZAR

¿Aquí
puesta en los tiros se pierde?

TRUJILLO

Alta está la hierba verde;
cubrirla puede.

VALCÁZAR

Es ansì.

TRUJILLO

¡Vive Dios , que no parece!

VALCÁZAR

¿Qué habemos de hacer?

TRUJILLO

No sé

VALCÁZAR

¿Si alguna bárbara fué?

TRUJILLO

Gente, y no lejos, se ofrece;
volvámonos a la mar;
que estoy mal desta manera.

VALCÁZAR

El escuadrón nos espera:
no demos que sospechar.
¿Era buena?

TRUJILLO

¿Cómo puedo
lo que vale encarecer?
No la quisiera perder
por lo que vale Toledo.

El rey Bencomo, Manil, Siley y bárbaros

MANIL

Esto causa su tristeza,
yo te digo la verdad.

BENCOMO

¿Hay más notable maldad
que española gentileza?

SILEY

Como han probado a vencerte
con armas, y no han podido,
los cobardes han querido
con las almas de otra suerte.
Alma le dio un español
a mi hermana.

MANIL

Alma le ha dado,
con que el seso le ha quitado.

BENCOMO

¡Brava maldad, por el sol!
Pero, ¿cómo se la dio?

MANIL

Ella, por los ojos cuenta.

SILEY

Para no crecer tu afrenta,
callaba mi afrenta yo.
Sabe, señor, que a Palmira,
mi hermana, mujer, no Palma,
le dio otro español el alma;

y si esto también te admira,
Erbasia que desposada
con Tinguaro, el General
de tu campo, el más leal
y el más valiente soldado,
de otro español que la vio
tiene el alma, y anda triste

BENCOMO
Y ¿es cierto que tú le viste?

SILEY
Ella misma lo contó.

BENCOMO
Luego ¿por esas montañas
dando almas andarán?

SILEY
Estas de su capitán
deben de ser las hazañas.

BENCOMO
Parte, Siley, y dirás
al General desa gente
que venga, como valiente,
a matar hombres no más;
que no engañe las mujeres
con dar almas de soldados
a los pechos descuidados.

SILEY
Yo voy

BENCOMO
Pues discreto eres,
no tengo que te avisar
de lo que de mí le digas.

Vase Siley

MANIL
Ya viene, y sus dos amigas
la procuran alegrar.

Sale la Infanta, y Palmira, y Erbasia, y la música.

PALMIRA
Alégrate, que también
tenemos almas nosotras.

DACIL
¿Qué os las han dado a vosotras
y que lo tenéis por bien,
y no sentís mi accidente?

ERBASIA
Antes nos hace alegrar.

MANIL
Debiéronselas de dar
con los cuerpos juntamente;
y como a ti no te han dado
más del alma, no te espantes
si a memorias semejantes
vive tu cuerpo obligado.

DACIL
¿No sentís un no sé qué
de las almas españolas,
allá, cuando estáis a solas?

PALMIRA
Yo no.

ERBASIA
Ni yo.

DACIL
Dicha fué.
Sentimientos me atormentan
deste español cada punto.

MANIL

Sintiéronlo todo junto,
y no les queda qué sientan.

DACIL

Si no veo la ocasión,
yo moriré de tristeza.

BENCOMO

Hija, con mucha aspereza
tratas mi amor y afición.
Alégrate, que ya fueron
a que el General cristiano
ejecute con la mano
el intento a que vinieron,
y no con hechicerías.

DACIL

Señor , yo no puedo más;
o me remedia, o verás
el fin de mis pocos días.

BENCOMO

No te entristezcas ansí.
Cantad, bailad, alegrad
de mi alma la mitad.

DACIL

¡Ay triste!

BENCOMO

Siéntate aquí.

Músicos y baile canario.

MÚSICOS

Españoles bríos,
mirar y matar;
volveréis vencidos:
fan falalán.
Vino a las Canarias
por el rey don Juan,
con lucida armada,
un gran capitán.
Puso gente en tierra,
salió de la mar,
tomó cuatro islas;
por el Rey están
Lanzarote, el Hierro
y luego se da
la Fuerte Ventura,
en el nombre más.
Españoles bríos,
mirar y matar;
moriréis vencidos:
fan falalán.
Católicos Reyes
que en Castilla estáis;
Fernando a quien ciñe
laurel militar;
Isabel gloriosa,
que agora enviáis
con fuertes soldados
nuevo general,
nuestra Tenerife
no penséis que está
tan desnuda de armas
como allá pensáis.
Los rayos de fuego,
plomo y alquitrán,
no espantan los Guanches
de aqueste lugar.
Los pájaros negros
con que el mar pasáis,
dejarán las alas
o aquí morirán.
No son nuestros Guanches
como los demás,

pues en las batallas
os hacen temblar.
Dos victorias tienen
que ganado os han;
de sangre teñisteis
el blanco arenal.
Españoles bríos,
mirar y matar;
volveréis vencidos:
fan falalán.

Toquen una caja de guerra y espántense, parando el baile.

BENCOMO
Sol divino, ¿qué es aquesto?

TINGUARO
Los rayos y truenos son
con que esta fiera nación
temor siempre nos ha puesto.

MANIL
Ya se deben de acercar.

TINGUARO
¿Qué mandas hacer, Señor?

BENCOMO
A mi capitán mayor
mandé esconder y alojar
seis mil hombres tan gallardos
como en Tenerife viven,
que en ese monte aperciben
sus mazas, arcos y dardos.
Acometamos nosotros
e irémonos retirando,
porque al irnos alcanzando
salgan del monte los otros;
que me dicen que son mil,
y catorce mil seremos,
con que el monte dejaremos
teñido en su sangre vil.

TINGUARO
Marcha, Señor, que hoy es día
de ganar honor y gloria.

BENCOMO
Vuestra será la victoria,
que sola la industria es mía.

PALMIRA
Dacil, ¿qué piensas hacer?

DACIL
Ir a llorar mi desdicha,
porque consiste mi dicha,
no en ganar, sino en perder:
tal por mi Castillo soy,
que aquéstos matar esperan.

ERBASIA
No hayas miedo tú que mueran
nuestra españoles hoy.

DACIL
¿Por qué, si estos homicidas
son fuertes por mil extremos?

ERBASIA
Porque sus almas tenemos
y guardaremos sus vidas.

Váyanse
Entren en orden los españoles Trujillo Valcázar, Lope, Castillo y el general don Alonso.

ALONSO
Llegado habemos animosamente
a la ocasión que habemos deseado
para ceñirnos de laurel la frente.

CASTILLO

El bárbaro, señor, amedrentado,
estará por sus riscos escondido,
pues apenas parece algún soldado.

LOPE

El no habernos la entrada [defendido
muestra que su temor y cobardía
para las vidas pedirá partido.

TRUJILLO

Cuando de riscos ásperos venía
con Valcázar ayer, reconociendo
qué gente el Rey, que ejército tenía,
oímos de armas belicoso estruendo;
digo de gente a la defensa puesta,
la ofensa y no el partido previniendo,
de que entendimos que a salir [se apresta,
o, por lo menos, resistir el paso.

CASTILLO

Sería ese rumor su baile y fiesta
o consultar sus ídolos acaso.

TRUJILLO

Estos no tienen ídolos, Castillo,
y son sus fiestas en el campo raso;
y de que eso penséis me maravillo,
que muy poco sé yo de lo que es [miedo.

CASTILLO

¿Quién os lo niega, capitán Trujillo?

TRUJILLO

Si con prudencia aconsejaros puedo
lo que soléis con mil temeridades,
no pienso yo que de lo justo excedo.

ALONSO

Caballeros, ¿en tantas amistades
mete el demonio esa discordia agora?

CASTILLO

¿Qué discordia ha de haber te [persüades?
Trujillo y yo seremos desde agora
más amigos mil veces que hemos sido;
ni pienso yo que mi valor ignora,
que mis temeridades no han tenido
hasta agora la culpa de la empresa,
pues ni la habéis ganado, ni perdido.

TRUJILLO

De vos todo el ejército confiesa,
Castillo, un gran valor, y yo el primero.

CASTILLO

Razón muy vuestra, capitán, es ésa.

LOPE

Cada cuel es honrado caballero;
cada cual a sus Reyes ha servido,
y que los servirá también espero;
Trujillo dice bien, que haber [venido
sin resistencia a parte tan estrecha,
no sin sospecha de peligro ha sido;
y Castillo también, que no [sospecha
que en éstos hay valor.

ALONSO

¿Qué nos cansamos
en lo que al Rey no sirve ni aprovecha?
Para la santa empresa que [llevamos,
apruebo los recelos de Trujillo,
pues tan adentro de la tierra estamos,
y el valeroso pecho de Castillo.

VALCÁZAR
Un bárbaro del monte al llano baja,
donde su peña forma aquel portillo.

LOPE
Para llegar aquí, la senda ataja.
¡Cosa que se rindiesen a partido!

ALONSO
¡Hola! No suene más trompeta o caja.

CASTILLO
El llega valeroso y atrevido.

Sale Siley.

SILEY
Bien venidos, españoles,
nación más discreta y sabia
que valiente, grande y fuerte.
Vosotros, que las Canarias
ganasteis a vuestros Reyes,
trayendo por la mar casas
cargadas de hechicerías,
de rayos, truenos y espadas;
vosotros, que sin llegar
a las manos ni a las armas
dais con un hombre en la tierra
con esos hierros que hablan,
pues por esas negras bocas
apenas dicen palabra
que no mate a quien la escucha,
y en oyéndola se caiga,
vosotros, que a Tenerife
venís con tanta arrogancia,
como si estos Guanches fueran
hijos de vuestras esclavas;
vosotros, que por dos veces
habéis vuelto las espaldas,
y a vuestros pájaros negros
tendido en el mar las alas:
Bencomo, Rey desta isla,
y Rey sin oro y sin plata,
sin aparato y grandeza,
sin palacios y sin guardas;
hombre que, como nosotros,
por esos prados repasta
cabras monteses y ovejas
silvestres, toros y vacas,
dice que, ya que venís
a conquistar desde España
un campo lleno de piedras,
un monte cercado de agua,
hagáis como caballeros,
peleando con las armas,
lo que obliga la nobleza,
pues que blasonáis de tantas,
porque valerse de enredos,
de invenciones y marañas,
desdice de aquel valor
que os dió tan honrada patria:
pues algunos de vosotros
por nuestras montañas andan,
a escondidas de los hombres,
dando a las mujeres almas.
Esto no es de caballeros
ni de soldados que tratan
vencer a sus enemigos
con armas en la campaña.
Un Castillo de vosotros,
en el pecho de la Infanta
su alma ha puesto de suerte,
que de tristeza la mata.
También una obscura noche,
en Palmira y en Erbasia
otras dos almas han puesto
un Trujillo y un Valcázar.
¿Es esto justo, españoles,
que traigáis almas de España
para dar a las mujeres,
que su vida y gloria os llaman?
¿No bastan las invenciones

de relámpagos y espadas,
sino que hechicéis los pechos,
metiendo en los pechos almas?
A esto mi Rey me envía,
y a deciros que os aguarda
en la falda de ese monte,
para daros la batalla;
que no quiso resistiros
de Tenerife la entrada,
por mataros donde pueda
desnudaros en su casa.

CASTILLO

¡Ansí Dios te dé victoria,
que me dejes que yo haga
satisfacción y respuesta
a este guanche y a esta infamia!

ALONSO

No, Castillo, no es razón;
dondequiera, a la embajada
se guarde su privilegio.

CASTILLO

¿Qué embajada o calabaza?
Diérale yo un torniscón,
así, la mano cerrada,
con que le hiciera tortilla
las narices en la cara,
y fuera a quejarse luego
de que Castillo no guarda
al embajador las leyes.

ALONSO

Guanche...

SILEY

Español...

ALONSO

Oye.

SILEY

Habla.

ALONSO

Dile a Bencomo, tu Rey,
ese guardador de vacas,
que yo no vengo a sus islas
ni por oro, ni por plata.
Vengo a obedecer no más
lo que mis Reyes me mandan,
que reduciros desean
a la ley de Cristo santa.
A Fernando y a Isabel,
que ansí mi Reyes se llaman,
no obliga humano interés,
obliga piedad cristiana.
Que no habemos menester
tierra, sobrándoles tanta
en Castilla y Aragón,
sin la que tienen en Italia.
Ni para riqueza suya,
con nuestra sangre comprara
dos plumas, diez caracoles
y seis pellejos de cabras.
A obedecelle venimos.
sin enredos ni marañas;
estas armas que traemos,
en todo el mundo son armas;
que dar almas a mujeres,
son amorosas palabras
que los bárbaros no entienden.

SILEY

Basta, español, eso basta.
Eso le diré a mi Rey,
que donde digo os aguarda.

CASTILLO

¿Qué aguardas?

ALONSO

¡Ea, señores,
ya la ocasión es llegada!
Hoy es día de mostrar
el valor que os acompaña.

LOPE

Acomete, que son pocos.

CASTILLO

Y son tan pocos, que faltan
para Castillo otros tantos.

ALONSO

¡San Miguel, y cierra España!

Las cajas toquen, y hagan la batalla, saliendo algunos bárbaros con los españoles, y luego Tinguaro con la espada de Trujillo.

TINGUARO

No salgáis, Guanches famosos,
hasta mejor ocasión;
pocos los contrarios son,
puesto que son valerosos;
estad a punto esperando,
hasta cogerlos en medio,
porque no tengan remedio.

Sale Trujillo

TRUJILLO

¿Qué es esto que estoy mirando?
¡Tente, bárbaro, y espera!

TINGUARO

¿Quién te ha dicho que no espero?
Que a ser tu ejército entero,
el mismo valor tuviera.

TRUJILLO

Esa espada he conocido
por la guarnición.

TINGUARO

Sí harás;
y a agradecerme vendrás
que no te maté dormido.

TRUJILLO

Antes la vengo a cobrar.

TINGUARO

Despierto te quiero yo.

TRUJILLO

Muestra.

TINGUARO

¿Digo yo que no?

TRUJILLO

La vida te ha de costar.

Vuelvan a tocar las cajas, y sonando la guerra salgan Lope Fernández y don Alonso.

LOPE

Retírate, señor.

ALONSO

Pues ¿es bien hecho
que yo no muera aquí, Lope famoso,
viendo todo mi ejército deshecho?

LOPE

Será, señor, un caso lastimoso.
Si deste monte por lo más estrecho,
este bárbaro Guanche, belicoso,
puso siete mil hombres en celada,

¿qué importa el brío y la española
[espada?
¿Mil soldados no más, aunque
[gallardos,
para catorce mil Guanches importan,
con tantas flechas y tostados dardos,
ni fuegos ni aceros los reportan?

ALONSO
Lope, en la resistencia fueron tardos
por nuestro mal.

LOPE
¡Cuán animosos cortan,
con las mismas espadas que trujimos,
las vidas que hoy a un bárbaro
[vendimos!

Sale Valcázar

VALCÁZAR
¡Oh, valeroso General! ¿Qué
[haremos,
que apenas de mil hombres hay
[cincuenta?
Mira que en no perderte nos perdemos,
y que tu vida su victoria aumenta.
Permite que a la mar nos alarguemos;
vuelva siquiera un hombre que de
[cuenta
desta desdicha a nuestra patria España.

ALONSO
Y ¿no será morir más justa hazaña?

LOPE
¿Qué se gana en morir, si con la vida
podemos restaurar lo que has perdido?

Sale Trujillo, sangriento

TRUJILLO
Cobré mi espada, aunque con tanta
[herida,
que vengo poco menos que vencido.

LOPE
¡Trujillo!

TRUJILLO
¡Caballeros!

ALONSO
La perdida
batalla, no el honor, que no lo ha sido,
pues que de mil soldados no hay
[cincuenta,
nos obliga a morir.

TRUJILLO
¡Si fuera afrenta!
Yo soy de parecer que a la ribera
del mar retires esa gente poca
que se libró de la batalla fiera,
escondida en la cueva desa roca.

LOPE
Y yo, que aunque ésta fue la vez tercera,
pues la sangre y la afrenta nos provoca,
volvamos cuarta vez a Tenerife.

ALONSO
¿Con qué, sin un soldado ni un esquife?

LOPE
Volvamos a Canaria, que mi
[hacienda,
mis ingenios de azúcar y otras cosas,
haré que en plaza pública se venda,
y armaremos dos naves belicosas.

Gente haremos también que hacer
[emprenda
en Tenerife hazañas generosas.

ALONSO
¿Valdrá la hacienda?...

LOPE
Nueve mil ducados,
que bastan para naves y soldados.

ALONSO
Sólo el volver a Tenerife luego,
Lope Fernández, guerra me obligara,
a no morir precipitado y ciego.

LOPE
¡Alto: a la mar!

TRUJILLO
Camina a la mar.

ALONSO
¡Para!

VALCÁZAR
¿Qué quieres?

ALONSO
¿Y Castillo?

TRUJILLO
¡Buen sosiego
de su temeridad! ¿No es cosa clara
que en los primeros a morir se pone?

ALONSO
¡Qué gallardo español! ¡Dios le
[perdone!

Vanse.
Salgan el Rey Bencomo y los bárbaros, trayendo cada uno un sombrero, ropilla, banda o espada de español, y Manil una bota

BENCOMO
¡Gracias al divino sol
por la victoria ganada!

SILEY
¿Qué aquésta se llama espada?

BENCOMO
Y es propio nombre español:
que de la espada sospecho
que españoles se llamaron.

SILEY
Luego ¿ellos las inventaron?

BENCOMO
Hoy no han sido de provecho.
Este pienso que es sombrero.
Y ésta es ropilla o jubón.

TINGUARO
¿Qué aquéstos los rayos son?
Probar a tirarle quiero.

PALMIRA
¡Quítate, Tinguaro, allá!

TINGUARO
¡No tira!

BENCOMO
Pruébale, a ver.

TINGUARO
No acierto.

MANIL

¿Qué puede ser
esto que aquí dentro está?
Un español la traía,
que huyendo por una roca
se le ponía a la boca,
y no sé qué le decía.
Quiero esconderla, y después
veré lo que dentro tiene.

TINGUARO

¡Qué triste la Infanta viene!

BENCOMO

¿Día de tristeza es
el de tan alta victoria?

DACIL

No estoy yo triste, señor.

BENCOMO

Merezca yo por favor
que te alegres de mi gloria.
Mira tantos enemigos
por esa campaña muertos,
y de sus galas cubiertos
nuestros parientes y amigos.
Las almas que os habían dado,
a morir con ellos fueron;
la riqueza que trajeron,
por este monte han dejado.
... ... [4]
¡Ea parientes! ¿Qué hacemos?
Ni una prenda les dejemos.

TINGUARO

En carnes han de quedar.

Váyanse y queden Dacil y Manil.

DACIL

¡Ay, Manil, y cuántas veces
te dije que me buscases
aquel español que adoro!

MANIL

Si le busqué, el sol lo sabe;
pero ¡había tantos muertos,
que fuera imposible hallarle!

DACIL

¿Será muerto?

MANIL

No lo dudes.

DACIL

Pues yo tengo de matarme.

MANIL

Será muy gran necedad.

DACIL

Muchos dicen que se parten
las almas, cuando se mueren
los cuerpos, a un reino grande.
Pues si es muerto mi español,
luego, como yo me mate,
iré al mundo donde está.

MANIL

Y¿has de ir tú sola a buscarle?

DACIL

¿Quieres tú venir conmigo?

---

[4] Falta un verso.

MANIL
¡Bien quisiera acompañarte!
Mas ¿cómo me mataré?

DACIL
Eso, Manil, es muy fácil.

MANIL
A mí no me lo parece.

DACIL
Puedes, como yo, arrojarte
deste risco.

MANIL
Prueba tú
primero, para enseñarme.
Aunque, si verdad te digo,
entre las armas que traen
los españoles, yo hallé
ésta que ves, esta tarde.

Saque la bota.

DACIL
Pues ¿qué es lo que tiene dentro?

MANIL
Algún veneno.

DACIL
A ver, dame.

MANIL
Espera, probaré yo.

DACIL
¿Qué te parece?

MANIL
Bien sabe.

DACIL
Pues dame a mí.

MANIL
Espera un poco.

DACIL
¿Otra vez?

MANIL
¡Quiero matarme
aprisa, por no sentillo!
¡Oh, qué muerte tan suave!

DACIL
¿Cuándo me he de matar yo?

MANIL
Espera, ¡ansí Dios te guarde!
Que me falta de morir
un poco por esta parte.

DACIL
¿Estás ya muerto del todo?

MANIL
Temo que el veneno falte,
según que tardo en morirme.

DACIL
Pues si dejas que se acabe,
¿con qué me he de matar yo,
para que a tu lado baje?

MANIL
Yo me moriré por ti.

DACIL
Muestra acá, que me deshaces.

MANIL
Toma, y muérete poquito.

Bebe Dacil.

DACIL

Yo he bebido.

MANIL

Pues no aguardes,
si vamos al otro mundo,
a que lo sepa tu padre.

Sale Castillo, herido.

CASTILLO

Quien sale de entre los muertos,
¿para qué entre vivos sale,
que luego le han de matar?
¡Benigno cielo, ayudadme!
¡Sustentadme, espada, un poco,
no para que en vos descanse,
pero porque en vuestra cruz
comience palabras tales!

MANIL

¿Estamos ya en otro mundo?

DACIL

¡Ay, sol, qué muerte tan fácil!
Mi español es este herido.

CASTILLO

¿Qué ven mis ojos delante?
¿Es Dacil?

DACIL

Yo soy, mi bien.

CASTILLO

Mal herido, hermosa Dacil,
vengo a morir a tus brazos;
favor que el cielo me hace.

DACIL

Luego ¿no estás muerto?

CASTILLO

No

DACIL

Pesado me ha de matarme.

CASTILLO

Luego ¿piensas que estás muerta?

DACIL

Sí, mis ojos, por buscarte;
con una arma de españoles,
que dentro veneno trae.

CASTILLO

Muestra.

DACIL

Vesla aquí, señor.

CASTILLO

Tal pudiera yo curarme
de las heridas que tengo;
que éste es un licor suave,
que allá le llamamos vino.
Vamos, mi bien, a curarme.

DACIL

¿Qué no estoy muerta?

CASTILLO

De sueño.

DACIL

Pues ven, que quiero guardarte
de la furia desta gente,
y con hierbas saludables,
secretamente curarte.

Vanse los dos.

CASTILLO
Daréte el alma mil veces.

DACIL
Mejor es que allá la guardes;
no me des alma, Castillo,
que me hace andar por los aires.

MANIL
¿Hay más alegre camino
en cuantos el mundo sabe,
como el irse al otro mundo
sin pagar posada a nadie?
¡Por el sol, que no he topado
una lengua que me canse!
Todo se me hace florestas,
todo gloria se me hace:
por momentos, a otro mundo
me parto de aquí. ¡Adelante!
¿Hay cosa para morirse?
¡Qué muerte tan agradable!
¡Hola, Infanta! ¡Hola! ¡Aquí, Dacil!
¡Murámonos esa tarde!

ACTO TERCERO

Salen Manil y Firán

MANIL

Echa por acá el ganado,
que ya es hora de ordeñar.

FIRÁN

¿Por dónde?, que hacia la mar
se va más recio que al prado.

MANIL

Como ya libre nos da
el español su ribera,
a salir se atreve afuera
del monte y prado en que está.

FIRÁN

¡Nunca vuelvan, plega al sol,
a Tenerife esos locos!

MANIL

Valientes son, mas son pocos;
que una vida de español
ha costado mil isleños.

FIRÁN

Diz que habían de volver.

MANIL

No se deben de atrever,
o no los dejan sus dueños,
que diz que los Reyes son
de Castilla.

FIRÁN

Aquí ha quedado
un español muy honrado
capitán de su nación.

MANIL

Ya le conozco, y aun sé
quién y como le curó,
y aun fui por las hierbas yo,
que en ese monte busqué.

FIRÁN

Ya está aquí todo el ganado.

MANIL

Metámosle en esta cueva,
Firán, porque no se mueva
antes que salga ordeñado.

FIRÁN

Quita esas ramas, con quien
está la puerta cerrada.

Abrase una puerta de esta cueva, que será de rama, y véase una imagen de Nuestra Señora con una candela en la mano y su santísimo Hijo.

MANIL

Gente hay aquí.

FIRÁN

¿Si es Celada
de español? Míralo bien.

MANIL

Una mujer me parece.

FIRÁN

¿Una mujer?

MANIL

Y en su traje,
parece de otro linaje.

FIRÁN

No poca hermosura ofrece
¿si la dejaron aquí
los españoles?

MANIL

No sé;
mas no viniera, a la fe,
que ha un año y más.

FIRÁN

Es ansí.
Un niño tiene en los brazos,
y el niño un pájaro tiene.

MANIL

Con una candela viene
a darle tiernos abrazos.

FIRÁN

Como está la cueva obscura,
trajo acaso la candela.

MANIL

Yo temo alguna cautela.

FIRÁN

¿Cautela en tanta hermosura?

MANIL

Mal conoces españoles:
un cierto licor bebí
y de sus naves, y dormí
mientras salieron tres soles.
Sin duda que se han dejado
esta mujer, que ha parido
en esta cueva.

FIRÁN

El marido,
vencido y desbaratado,
se debió de huir al mar,
y en el monte la dejó.

MANIL

Aquí, sin duda, parió.

FIRÁN

Pues ¿cómo en este lugar,
que es un pesebre de ovejas?

MANIL

El muchacho abrigaría
en el pesebre aquel día
para consolar sus quejas.
¿Qué digo? ¡Buena mujer!
¡Ah, buena mujer!

FIRÁN

No habla.

MANIL

Más que si fuera una tabla.

FIRÁN

Pues no lo debe de ser,
porque mujer y no hablar
no es posible; mas querría
que la llamases María,
porque así suelen llamar
los de España sus mujeres.

MANIL

¡Ah, María! ¡Hola! ¿No veis
que esa casa que tenéis
es nuestra?

FIRÁN

¡Qué blando eres!
¡Hola, María; hola, madre
de ese niño; habladme a mí!

MANIL

¡Menos te responde a ti!

FIRÁN

¿Era soldado su padre?
¿Murió en la batalla?

MANIL

Creo,
Firán, que nos tiene en poco.

FIRÁN

¡Linaje atrevido y loco!

MANIL

Saber si es viva deseo.
¡Mujer la de la candela,
hablad, y salid acá!
¡Cómo se estaba, se está!

FIRÁN

Ningún peligro recela.

MANIL

Pues ¿es bueno que os vengáis
al pesebre de mis cabras?
Y ¿aun no pagáis con palabras?
Salid fuera, ¿qué aguardáis ?
¡Pardiez, que os he de tirar
esta piedra! ¡Ay, ay de mí!

FIRÁN

¿Qué tienes?

MANIL

Que el brazo ansí
se me ha venido a quedar.

FIRÁN

Bájale.

MANIL

No puede ser.

FIRÁN

¿Hase secado?

MANIL

Y tan yerto
como si estuviera muerto.

FIRÁN

Encantadora mujer,
un cuchillo tengo aquí,
que a un español le tomé;
esa mano os cortaré,
con que hicisteis... ¡Ay de mí!
¡Ay, Manil, que me he cortado
mi mano propia!

MANIL

¿Quién eres,
¡oh Reina de las mujeres!
que ansí nos has castigado?
¡Ah, pastores de la sierra!
¡Ah, isleños ! ¡Traición, traición
de la española nación
que os ha dado tanto guerra!
¡Amo mío, ayuda aquí!

Salen Siley, Tinguaro, el rey Bencomo y Arfín.

SILEY
¿Qué es esto? ¿De qué das voces?

MANIL
Los españoles atroces
nos han muerto.

REY
¿Cómo ansí?
Pues ¿no ha un año que la tierra
en paz y sosiego está?

MANIL
Dejaron prendas acá
que esta obscura cueva encierra.
¿No veis aquella mujer?

REY
Una mujer está allí.

MANIL
Queriendo entrar, ¡ay de mí!
No me quiso responder;
una piedra alcé del suelo,
fuíle a tirar, y al tirar
me pudo el brazo dejar
como convertido en hielo.
Firán, por vergüenza mía,
fuéle a cortar una mano;
cortóse una suya.

REY
En vano
la encantadora porfía
a librarse de la muerte;
pondré en el arco una flecha.

MANIL
Tente, Rey, que no aprovecha
contra una mujer tan fuerte.

REY
¡Quítate delante, necio!

MANIL
¡Señora, ayudadme agora
para que os libre! ¡Ay, Señora
grande valor, grande precio
debéis de tener en vos;
que quien esto pudo hacer,
o es hija, o madre, o mujer
de algún poderoso Dios!
En vos desde hoy más confío,
y por mi dueño os abrazo,
pues yendo a tener el brazo
del Rey, me disteis el mío.
Sano estoy, gracias a vos.

SILEY
¿Ya estás sano?

MANIL
¿No lo veis?

FIRÁN
¿Quién sois, Señora?

MANIL
Si habéis
adorado al sol por Dios,
mirad como tiene aquí
un sol en lso brazos tal,
que obscurece al celestial.

FIRÁN
Ruégale, Manil, por mí.

Entre Palmira.

PALMIRA
¿Qué haceis de aquesta suerte
[descuidados,

isleños, con la paz, y en tanto olvido
de aquellos españoles castigados,
que por vergüenza fueron, y han [venido?
Ya resplandecen en la playa armados
de aquel su acero de oro guarnecido,
ya responden los aires a sus truenos,
de fuego vivo y negro polvo llenos.
Los pájaros navíos, cual de flores
mirar un prado por Abril pudieran,
se cubren de banderas de colores,
con cuyas ondas las del mar se alteran.
Retumban los sonoros atambores,
y las blancas espadas reverberan
con lumbre que, al mirarla en las [orillas,
juzgaréis por estrellas las cuchillas.
Los varios gritos, voces e [instrumentos,
bien muestran el aliento a la venganza,
y que de la victoria los contentos,
previene la lisonja a la esperanza.
El cielo, el mar, las ondas y los vientos
favorecen su justa confianza;
si no salís al paso, rendíos luego,
que es gente que en el agua [enciende fuego.

REY

Palmira, yo soy Rey; yo por [dos veces
eché de Tenerife esa canalla,
y mil les echaré, que sois jüeces
todos de mi valor en la batalla.
Yo soy dios de la mar, si ellos son [peces;
este pino que veis que agora calla,
dará a sus naves golpes que las [hunda
de la cara del mar a la profunda.
Ya somos todos españoles; mira
que ya sus lenguas entendemos; [vengan
armados de metal, de acero, de ira,
y esos rayos horrísonos prevengan,
que como entonces volverán, [Palmira,
aunque más plomo y negro polvo [tengan.
Ven cómo soy, yo soy aquel gigante
que a beberme la mar seré bastante.
¡Por el sol, que si tomo los navíos,
que los arroje a España con la mano!
¡Seguidme todos, capitanes míos,
desnudaréis al español tirano!

TINGUARO

¿A quién no le darán sus fuertes bríos
contra el poder del Príncipe cristiano?

SILEY

Toma consejo en lo mejor primero.

REY

Al que una vez vencí, dos mil espero.

Vanse todos.

FIRÁN

Detente un poco, Manil,
y pues tu mano cobraste,
pídele aquesta Señora
que la mía me restaure.
No te vayas sin decirle
mi dolor.

MANIL

Señora madre
dese niño, ansí mil años
le goce, abrace y regale,
ansí le vea tan hombre,
que derribe los gigantes,

que dé la mano a Firán
como a mí el brazo denantes:
Señora de la Candela,
que no sé nombre que os llame,
sino es que os llamáis María,
nombre que españoles saben,
Dadle la mano, y creed
que cada mañana y tarde
vendremos los dos aquí
para que jamás os falte
el necesario sustento,
leche, miel y dulces dátiles.
Y a vos, Niño, pues tenéis
gusto de pájaros tales,
os prometo traerlos vivos
con que juguéis, y ellos canten.
María de la Candela,
ea, no haya más, sanalde.
El no lo quisiera hacer.

FIRÁN

¡Ay, Señora, perdonadme;
que a vuestro niño prometo
traer mañana un haz grande
de cañas de azúcar. ¡Ay!

MANIL

¿Qué es eso?

FIRÁN

¡Cosa admirable!
¡Sané!

MANIL

¿Sanaste?

FIRÁN

¡Sané!

MANIL

Pues bésale los pies.

FIRÁN

Dadme.
Señora, esos pies mil veces.

MANIL

Cajas suenan.

FIRÁN

El alarde
de los españoles es.

MANIL

Cierra la cueva.

FIRÁN

Ya esparcen
el vivo fuego a los pechos
y el polvo negro a los aires.

Los españoles entren, Don Alonso, Lope Fernández, el capitán Trujillo, Valcázar. Caja, bandera, arcabuces.

ALONSO

Con tanta prosperidad,
¿quién duda el fin de la empresa?

LOPE

Tierra, hacednos amistad,
pues que la mar nunca cesa
adonde hay menos piedad.

TRUJILLO

El Angel que siempre guía
a don Alonso, parece
que viene en su compañía.

VALCÁZAR
Lope Fernández merece,
por tan ilustre hidalguía
como fue vender su hacienda
para que venir se emprenda
al intento comenzado,
fama donde el sol dorado
más rojos sus rayos tienda.

ALONSO
Con la hacienda que ha vendido,
fama ha comprado inmortal,
aunque siempre la ha tenido.

LOPE
Basta, señor General,
que os haya en algo servido.

Cantan la copla con música por lo alto de un risco; pase una procesión de candelas, que estarán en una rueda.

TRUJILLO
¡Gran música!

ALONSO
¿Cómo aquí?

LOPE
¿Es la tierra adentro?

VALCÁZAR
Sí.

ALONSO
Pues ¿música concertada
entre bárbaros?

TRUJILLO
En nada
orden político vi
después que trato con ellos.

VALCÁZAR
Quedo, ¿no veis coronados
de aquel monte los cabellos
de más orbes estrellados
que el cielo que está sobre ellos?

ALONSO
Las luces que desde el mar
vimos en tierra, son éstas.

LOPE
Ya, ¿qué tenéis que dudar,
pues la tierra os hace fiestas,
de que la habéis de ganar?

Esta es la copla que se canta:

Aquel que todo lo supo,
que es Dios, que todo lo sabe.
Virgen, te alabe,
pues en tus entrañas cupo,
y en cielo y tierra no cabe.

TRUJILLO
Bien desde el mar os decía
que el resplandor que se vía
era en Tenerife.

VALCÁZAR
¡Extraño
prodigio!

TRUJILLO
Aquel primer año
que con tan nueva osadía
a Tenerife vinimos,
por esos montes pusimos
cruces, cuyo verde suelo
corona de luz el cielo.

VALCÁZAR
Yo me acuerdo que trujimos
Castillo (Dios le perdone)
y yo una grande a aquel risco.

ALONSO
Bien puede ser que corone
el cielo aquel obelisco
adonde su sol se pone.
Pero pienso que es lo cierto
que estos bárbaros, que entienden
que ya llegamos al puerto,
fuegos juntándose encienden..

LOPE
Pues si ellos son, yo os advierto
que en haciendo esas hogueras
es que hacen sus borracheras,
sus bailes y sus convites.

TRUJILLO
Si a Trujillo le permites
desamparar tus banderas,
él irá a reconocer
lo que esto puede ser.

ALONSO
Marchar juntos es mejor;
que ya sé vuestro valor
y no le quiero perder;
que en el monte luces varias
yo sé que son luminarias
de la victoria que en él
a Fernando y a Isabel
dan hoy las siete Canarias.

Toquen, y marchen, y salga Castillo, en hábito de bárbaro, con la infanta Dacil.

CASTILLO
¿Qué es lo que piensas de mí?

DACIL
Que ya bárbaro te has hecho,
después que te cubre el pecho
el mismo traje que a mí.

CASTILLO
¿Celos, Dacil? pues ¿de qué?

DACIL
Destas mujeres hermosas,
que, de mi bien envidiosas,
te engañan, y yo lo sé.
Pues mira que ha un años ya
que estás, mis ojos, aquí,
que la vida que te di ...

CASTILLO
Esa en los tuyos está:
mira que soy bien nacido,
y que allá donde hay nobleza
se tiene por gran bajeza
el no ser agradecido.
Curásteme, y de la muerte
me reduciste a la vida;
si está el alma agradecida,
la misma razón lo advierte.

DACIL
¿Por qué no te determinas
a ser mío, como soy
tuya?

CASTILLO
Porque siempre estoy,
aunque a tu gusto me inclinas,
esperando que españoles
vuelvan para que nos lleven.

DACIL
No hayas miedo que lo prueben,
porque aquesta vez mostróles

mi padre notables bríos;
mató ochocientos y más.

CASTILLO

Presto, señora, verás
sus artillados navíos
desta valiente nación,
y cubiertos los pendones
de castillos y leones
y de barras de Aragón.
Cuatro islas han ganado,
y con español valor
a monsieur de Betancor
de la Gran Canaria echado;
que el Capitán general,
llamado Alonso de Ocampo,
hombre que en regir un campo
merece fama inmortal;
con Lope Fernández Guerra,
natural de las montañas,
han hecho insignes hazañas
por la mar y por la tierra;
y Trujillo de la Coba,
de Jeréz de la Frontera,
dentro de su quinta esfera
a Marte la espada roba.
Con don Alonso de Lugo,
a Tenerife vinieron
muchos que entonces murieron,
por lo que a los cielos plugo;
pero no por esto creas
que dejerán de volver.

Disparen un arcabuz.

DACIL

¡Ay, cielos! ¿Qué puede ser?

CASTILLO

Sólo decir que me creas.
¿Ves como mi gente es ésta?
Cuando del valor que admiro
no estás cierta, quiso un tiro
que lo estés de su respuesta.
¡Cielos, por tanto favor
beso la tierra mil veces!

DACIL

Pues su venida encareces,
fingido ha sido tu amor.

CASTILLO

Pues, ¿no quieres que reciba
de su venida placer?

DACIL

Ya no tengo qué temer;
amor de tu bien me priva.
¿Iraste, español, agora?
¡Triste de mí!

CASTILLO

No es razón
que creas esa traición
de un esclavo que te adora.

DACIL

Bien lo veo en el contento
que muestras.

CASTILLO

Esta alegría
nace de la patria mía,
que es natural pensamiento.
Vivo en bárbara nación,
roto mi traje primero;
¿de qué te espantas?

DACIL

No quiero
disculpas.

CASTILLO
Verdades son.

DACIL
Jura de ser mi marido,
pues que te precias de hidalgo.

CASTILLO
Lo juro, por cuanto valgo,
de serlo como lo he sido.

DACIL
¿Haré testigos?

CASTILLO
¿A quién?

DACIL
A esta peña.

CASTILLO
Todavía
eres bárbara.

DACIL
Algún día
me puede importar, mi bien.

CASTILLO
Pues digo que yo te doy
delante de aquesta peña ...

DACIL
Espera, la mano enseña.

CASTILLO
Pues digo a fe de quien soy,
de ser tu esposo y marido.

DACIL
Peña, mira lo que escuchas.

CASTILLO
Yo he visto ignorancias muchas
y muchas cosas oído
destos bárbaros, después
que los trato, mas como ésta
ninguna.

DACIL
No me molesta
que ya con tu gente estés,
pues ya me has dado la mano,
y es esta peña testigo.

CASTILLO
Digo que a serlo me obligo.

Sale Firán

FIRÁN
Parte, valiente cristiano,
donde nuestro Rey te espera,
que se quiere aconsejar
contigo, porque del mar
cubre la blanca ribera
aquella armada española
que otras veces viene aquí.

DACIL
¿La de los pájaros?

FIRÁN
Si;
que ya bandera enarbola,
y viene arrojando gente
a tierra su General.

CASTILLO
Yo daré remedio igual
antes que defensa intente.
Vamos, Dacil.

DACIL

Hoy enseña
tu lealtad.

CASTILLO

Soy bien nacido.

DACIL

Más eres.

CASTILLO

¿Qué?

DACIL

Mi marido.

CASTILLO

¿Hay testigos?

DACIL

Esta peña.

Váyanse los dos.

FIRÁN

Si este español generoso
no vuelve esta guerra en paz.
(Bencomo está pertinaz,
atrevido y victorioso),
la isla se ha de perder.

Manil con una cesta.

MANIL

Van por el aire sutil.

FIRÁN

¿Adónde bueno, Manil?

MANIL

Voy a llevar de comer,
como suelo, a la Señora
de la Candela, Firán.
Y estos pájaros que van
azotando el aire agora,
no se quieren detener,
y al Niño le prometí
llevarle alguno.

FIRÁN

Es así.

MANIL

Pues no le puedo coger.

FIRÁN

Pinardo en cierta invención
cogió muchos.

MANIL

Es gallardo
para mil cosas Pinardo.

FIRÁN

Lleva, Manil, la ración;
que el pájaro llevarás
al bello Niño otro día.

MANIL

Hoy llevársele querría.

FIRÁN

Pues ¿cómo le cogerás?

MANIL

La copa de aquel manzano
se cubre dellos; ¿qué haremos?

FIRÁN

Si ha de ir vivo, no tiremos.

MANIL

Vivo ha de estar en su mano.
¡Ah, pajarillos canarios,
cuyos sabrosos piquillos
andan picando ramillos
por esos árboles varios!
¡Ah, jilguerillos pintados
más que vestido español,
que le dais música al sol
luego que dora los prados!
¡Ah, calandrias, que cantáis
al aurora en los barbechos!
Golondrinas que en los techos
de las cabañas moráis;
ruiseñores, tan corteses
y discretos en callar,
pues sólo os oyen hablar
de todo el año tres meses;
aberramías, doranes,
que andáis por esos palmitos;
oropendolas, mosquitos,
lechuzas y alcaravanes;
gorriones prevenidos,
que llaman zorras con alas;
gaitas llenas de más galas
que los campos más floridos,
bajad, bajad, que os lleve
de vuestro asiento frondoso
a aquel mi Niño amoroso,
para la mano de nieve
de la Señora divina
de la candela en la mano.

Un árbol lleno de pájaros se baje a la mano de Manil.

¡Oh milagro soberano!
¡El árbol la copa inclina!

FIRÁN

Coge, dichoso Manil.

MANIL

No cojo por escoger.

FIRÁN

Aquéste puedes coger.

MANIL

Parece un florido abril.
Ea, los demás se vuelvan,
que otro día irán allá.

FIRÁN

Ya el árbol derecho está.

MANIL

Todos, Firán, se resuelvan
a que esta Señora es
más Diosa que el mismo sol.

FIRÁN

¿Si es éste el Dios español?

MANIL

Abre.

FIRÁN

Arrójate a sus pies.

MANIL

Señora de la Candela,
veis aquí vuestra comida.

Encendida la vela.

FIRÁN

¡Por el sol, que está encendida!

MANIL

Ya el pajarillo se vuela
a la mano de su Niño.
Holgáos, mi Niño, con él.

FIRÁN
No vi tan rojo clavel.

MANIL
Ni yo más nevado armiño.

FIRÁN
Pésame que los dé el sol.

MANIL
Cierra la cueva, Firán;
que yo iré, pues aquí están,
por un sombrero español.

FIRÁN
Pues ¿cómo te atreverás?

MANIL
Algo llevaré a vender
que por ello podrá ser
que me le den.

FIRÁN
Bien harás.

MANIL
Pues ven, que algún español
me le dará.

FIRÁN
Bien lo sé.

MANIL
Ni es justo que el sol les dé,
pues son más bellos que el sol.

Vanse
Salgan los españoles.

ALONSO
Tended sobre esa hierba los manteles.
Comamos, capitanes, un bocado.

VALCÁZAR
Los manteles, señor, están tendidos.

LOPE
Sacad cualquiera cosa que tengamos.

ALONSO
¿Querrá Dios que algún día en otra [mesa,
y con otro servicio diferente,
en altos edificios levantados,
comamos más seguros de enemigos?

TRUJILLO
No es pobre mesa la que tiene amigos.
Siéntome en este suelo más contento
que en sus sillas de tela el avariento.

ALONSO
Pan no falta, a lo menos, y tocino.

LOPE
Aun queda fruta seca en nuestra nave.

TRUJILLO
La salsa bernardina a todo sabe.
¡Brindis a la salud del Rey Católico!

ALONSO
Carauz, señor Trujillo, y los sombreros
en las manos, bebamos luego todos.

LOPE
Un higo para el mar y sus trabajos.

ALONSO

Yo hago la razón, y a brindar vuelvo
por Isabel, la Reina castellana.

Toquen dentro los tamborillos de los bárbaros.

LOPE

Sobre nosotros vienen, don Alonso.

ALONSO

Primero he de beber.

TRUJILLO

Eso me agrada,
y venga el mundo, que no importa [nada.

ALONSO

Ya crece el alboroto, caballeros;
no nos hallen así; dejad la mesa.

TRUJILLO

Guárdela el campo en tanto que [volvemos.

ALONSO

Ea, Trujillo, que hoy es nuestro día.

TRUJILLO

Tuyo es el corazón, la espada es mía.

Vanse, dejando allí los manteles y comida, y Manil salga.

MANIL

A mala ocasión llegué,
pues asombrando estas peñas,
las trompetas hacen señas
que la batalla se dé.
Y no sola es prevención,
pero defendiendo el paso,
la dificultad del caso
se pone en ejecución.
Vine por un guardasol,
y no querría llevar
algún rayo, que del mar
arroja el fiero español.
Mas ¿qué es esto que está aquí?
Mesa y comida parece;
pero ya la guerra crece,
aunque esto es paz para mí.
A no ser tanto el temor,
pienso que aquí me sentara;
por dicha, me levantara
lleno de español valor;
que este vino que me cuenta
Castillo que allá se bebe,
un cierto espíritu embebe
que el menor desmayo alienta.
¡Oh españoles! ¡Qué prudentes
os hizo el Supremo Autor!
Si bebéis este licor.
¿qué mucho que seáis valientes?
Probar quiero si conforma
éste con aquel pasado.

Disparan.

Rayo ha sido; si me han dado,
tú de la verdad me informa.
Crece el tirar; ¡ay de mí,
que no me dejan probarte!
Pero si puedo llevarte,
¿de qué me lamento aquí?
Recogeré la comida,
y mientras andan los rayos,
remediaré mis desmayos
con esta dulce bebida;
que a cuatro veces suaves
de licor que el alma baña,
pelearé con toda España
y me tragaré sus naves.

Los bárbaros huyendo y Trujillo tras ellos.

TRUJILLO
Esta vez, bárbaros viles,
venimos más bien templados.

FIRÁN
Detén los brazos airados.

TRUJILLO
Hoy seré español Aquiles;
el fuego que aquél a Troya,
a Tenerife pondré.

Húyanle y entre la infanta Dacil.

DACIL
¡A mí seguirme! ¿Por qué
oro, plata, piedra o joya?
¡Ah, españoles, que parece
que habéis ido por valor,
pues vencéis al vencedor
que vuestro laurel merece!
Ya la suerte se ha trocado.

TRUJILLO
¡Tente, bárbara!

DACIL
Tendréme;
que quien la muerte no teme,
¿qué puede temer, soldado?

TRUJILLO
No he visto cosa que aquí
más codicia me haya puesto.

DACIL
Español, ¡mátame presto!

Entre Castillo

CASTILLO
Basta, que a Dacil perdí;
pero ya cautiva está;
justo fue, pues la rogué
que se escondiese. ¿Qué haré?

DACIL
¿Por qué no me matas ya?

TRUJILLO
Cuando yo a matar viniera
mujeres, te reservara
por lo que obliga esa cara.

DACIL
¿Qué es lo que tu brazo espera?

TRUJILLO
¿Eres mujer principal?

CASTILLO
¡Hola capitán valiente!
¿Cuándo la española gente
suele proceder tan mal?
No se ganan vuestros nombres,
si lo que pareces eres,
cautivando las mujeres,
sino matando los hombres.
Suelta la presa y camina;
la vida, español, te doy.

TRUJILLO
¿Sabes bárbaro, quién soy,
y que la hermosura inclina
a detenerse los ojos?

CASTILLO
Sé que no estás muerto ya
porque el Sol contigo está.

TRUJILLO

Tu Sol será mis despojos,
y tú quedarás aquí
muerto a mis manos.

CASTILLO

¿Quién? ¿Yo?
Mas sabes que el ser me dió
la misma patria que a ti;
aunque hoy nos habéis vencido,
yo no lo estoy, y la gloria
sin mí de vuestra victoria,
no es posible que haya sido.

TRUJILLO

¡Bárbaro, fiero, arrogante!
¿Tú qué puedes importar
ni gloria alguna quitar
en victoria semejante?
¿Quién eres? ¿Eres el Rey
desta isla?

CASTILLO

Un hombre soy
que entre bárbaros estoy,
pero no soy de su ley.
Mas tú ¿quién eres, que tanto
blasonas de tu valor?

TRUJILLO

Con esta espada, mejor
te responderé entretanto.

Acérquense.

CASTILLO

¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
¿Es el capitán Trujillo?

TRUJILLO

¿Es Castillo?

CASTILLO

Soy Castillo.

TRUJILLO

Cumplió el cielo mi deseo.
¿Qué, vivís?

CASTILLO

Pues ¿no lo veis?
Herido y muerto me vi,
y por la esclava viví
que ya por vuestra tenéis.

TRUJILLO

Su esclavo seré, y le ruego
que me perdone.

DACIL

Señor,
yo lo soy dese valor.

TRUJILLO

Pues perdonadme, que luego
a Castillo os volveré
porque no tendréis a mal
que le lleve al General.

CASTILLO

Señora, luego vendré;
que no escuso que me vean
los amigos.

DACIL

Si allá vais
no volveréis.

CASTILLO

No temáis,
ni vuestros recelos crean
que me olvidaré de vos.

TRUJILLO
Ea, Castillo ¿qué hacéis?

CASTILLO
Aquí os ruego que esperéis,
que ya volveremos los dos.

TRUJILLO
Palabra os doy de traeros
vuestra prenda.

DACIL
De vos fío,
capitán, todo el bien mío.

CASTILLO
No pensé volver a veros.

TRUJILLO
¿Qué vivir habéis podido
entre estos bárbaros?

CASTILLO
Si,
que viniendo amor en mí,
puse la patria en olvido.

Dacil sola.

DACIL
Ya me espantaba yo que la
[fortuna,
la mayor enemiga que amor tiene,
no mudase mi bien al mal que viene,
pues no sabe tener firmeza alguna.
¡Qué presto a los contentos
[importuna
los pesares solícita previene!
¡Qué poco en un estado se detiene,
pues no ha parado próspera
[ninguna!
Mas aunque más mudable y fácil
[eres,
seré más firme mientras más me
[asombres
por vencer la opinión de las mujeres.
De fáciles nos dan mudables
[nombres,
y todos nuestros varios pareceres
habemos aprendido de los hombres.

Sale el rey Bencomo

BENCOMO
Ya, por lo menos, enemiga
[suerte,
no tengo qué temer, que es el
[consuelo
de los que vienen a un estado triste.
Vencieron esta vez los españoles
mis arrogantes fuerzas con sus artes;
no hallé defensa a sus veloces rayos
en mis arcos y flechas venenosas.
¿Quién está aquí?

DACIL
Quién llora tus desdichas.

BENCOMO
No es desdichado, hija, el que te ha
[visto.
Es la desconfianza que me ha dado
día de tanto mal para nosotros;
y si tu cautiverio solamente
puede ser para mí muerte y desdicha,
ruégote que te escondas mientras pasa
la furia destos hombres, y reformo
la gente que me queda y la que espero,
para probar segunda vez la suerte.

DACIL
Aunque te deje, voy a obedecerte.

Vase

BENCOMO

Nació el valor para sufrir desdichas,
que no le tiene quien se rinde a ellas;
así tienen imperio las estrellas,
así se truecan en dolor las dichas.
Hacerse luego bien las cosas dichas,
es causa de decir que hay dicha en ellas;
que cuando el hado se desdice dellas,
se deben ellas de llamar desdichas.
Sentarme quiero, de sufrir cansado,
en estas peñas, sol, mientras me enseñas
qué fin tendrá principio tan errado.
Mas mátame, y diré que me
[despeñas,
porque el peso de un hombre
[desdichado,
apenas le podrán sufrir las peñas.

En sentándose, salga o baje de alto el arcángel San Miguel con una espada desnuda.

MIGUEL

Rey de Tenerife, escucha.

BENCOMO

¡Ay, cielos, eres el sol!
Que para rayo español
esa claridad es mucha.

MIGUEL

Rey, yo soy el Capitán
de la milicia del cielo,
a quien también la del suelo
hoy los españoles dan.
Yo he sido su protección,
yo aquestas islas conquisto;
ya el Evangelio de Cristo
quiere tomar posesión.
Dales piadosa acogida;
que si no te rindes luego,
con esta espada de fuego
vendré a quitarle la vida.

Vase.

BENCOMO

¡Qué bien has hecho, ¡oh
[Capitán famoso!,
en irte de mis ojos brevemente;
que helado el corazón y temeroso,
lugar apenas en el pecho siente!
¡Siley, Arfín, Tinguaro belicoso!
¿Nadie me escucha? ¡Ah, Capitán! ¡Ah,
[gente!

Salgan todos

SILEY

¿De qué das voces?

BENCOMO

Escuchad, amigos,
que no me dan temor los enemigos:
Estando yo sentado en esta peña,
el cielo vi romper, y del tesoro
que la parte oriental del sol enseña,
bajar un Capitán en cercos de oro.
La pieza de sus armas más pequeña,
no digo el rostro, que temblando
[adoro,
daba más luz que la mayor estrella
y todo el carro de la luna bella.
Tendidos los cabellos, que cubría
un morrión, que en plumas y
[diamantes,
no con los españoles competía,
aunque me parecieron semejantes,
mas con los tornasoles que hace el día,
de diversos colores y cambiantes,

cuando aparece el sol recién nacido,
y queda el aire de su luz vestido.
Díjome que si luego no me daba
a los cristianos, cortaría mi cuello
con una blanca espada que vibraba,
aunque era espejo al oro del cabello;
que el Evangelio posesión tomaba
deste Cristo, me dijo el mozo bello.
Ya no hay que replicar; cuando un
[esquife
viniera solo, es suyo Tenerife.

TINGUARO
Señor, tú harás lo que te manda
[el cielo,
pero has de ser prudente en el partido.

BENCOMO
El que lo manda, enseñará mi celo,
que yo en ser obediente habré
[cumplido.

SILEY
Si puede tu dolor tener consuelo,
es ver que al español te hayas rendido.

BENCOMO
Bien dices, aunque ya tan solamente
al cielo estoy rendido y obediente.

Vanse.
Salen los españoles don Alonso y Lope Fernández.

ALONSO
Yo no pienso que fue sueño.

LOPE
Ni lo parece, señor.

ALONSO
Aunque el ver vuestro valor
casi destas islas dueño,
me pudiera sosegar,
no vivo tan sosegado
que no desvele el cuidado
mis ojos en tierra y mar.
Vi, o soñé, que el Angel vía
con siete ninfas hermosas,
que, coronadas de rosas,
al rey Fernando ofrecía.
Preguntéle entre mil varias
luces, músicas y fiestas:
Dime señor, ¿qué son éstas?
Y respondió: "Las Canarias.
Que ya todas siete son
de Fernando e Isabel,
que por Castilla y por él
hoy tomaréis posesión".
Y díjome que buscase
en este monte un tesoro.

LOPE
Sin duda que hay plata y oro.

ALONSO
¡Oh si alguna mina hallase!

Salen Trujillo y Castillo.

TRUJILLO
Porque sé que te ha de dar
este presente contento,
a tu valor le presento.

ALONSO
No tengo con qué pagar
hasta que hayamos ganado
la isla. ¿Es el General?
Porque personaje igual
no será humilde soldado.

CASTILLO
Esclavo soy de Trujillo,
pues él me presenta a vos.

TRUJILLO
Yo lo soy suyo, ¡por Dios!,
que es el capitán Castillo.

ALONSO
¿Castillo vivo?

CASTILLO
Aquí herido,
señor General, quedé.

ALONSO
¡Hoy nuestra victoria fue!
¡Hoy sí que habemos vencido!
Dadme esos brazos.

CASTILLO
¡Señor,
con esperanza de veros
he vivido, y para haceros
desmostración de mi amor!

LOPE
Dadnos parte de Castillo.

VALCÁZAR
Y a todos, señor, también.

ALONSO
Vístanle, que no está bien.

LOPE
De veros me maravillo
tan bueno es aqueste traje.

CASTILLO
Toda mi historia sabréis.

ALONSO
Señores, pues ya sabéis,
aunque vuestro gusto ataje,
lo que os dije del tesoro,
no hay sino luego intentar
cómo se puede buscar;
que si en Tenerife hay oro,
¿cuáles Indias son como ella?

LOPE
Señalad el monte vos.

ALONSO
Pues vamos, que espero en Dios,
que siendo Miguel la estrella,
hoy tendrá España un tesoro.

LOPE
El primero he de cavar.

CASTILLO
¿Qué es lo que vais a buscar?

LOPE
No menos que un monte de oro.

Vanse.
Sale Manil.

MANIL
Este sombrero que hallé,
o que tomé con cautela,
Señora de la Candela,
porque menos sol os dé,
traigo con aquel contento
que de serviros recibo,
pues por vos pienso que vivo,
y aun es justo pensamiento.
Pésame que no hallé
otro chiquito que diera
a vuestro hijo, y quisiera

que el sol tampoco le dé;
que como está tan dormido
con la leche que le dais,
si del sol no le guardáis
andará el sol atrevido.
Aunque mejor lo pensara
si dijera por los dos,
que el mucho sol que os da a vos,
a él le sale de la cara.
Abrir quiero. ¡Ay, ay de mí,
que no están aquí! ¿Qué haré?
Señora, ¿adónde se fue?
¿Por qué me ha dejado así?
¡Ay de mí, Señora mía,
Señora de la Candela!
¿Dónde está, que no consuela
mi esperanza y mi porfía?
Oye, Tomé, este hombre,
¿dónde se fue, dónde está?

Todos los bárbaros y las mujeres.

SILEY
Por aquí se acercan ya.

BENCOMO
Rendirme y hablaros quiero.

DACIL
No soy yo de parecer
que a una gente tan ingrata
te rindas, ni a Tenerife,
nuestra antigua y noble patria,
sujetes cobardemente
al loco imperio de España.

BENCOMO
Calla, hija, que no es justo,
si el cielo nos amenaza,
querer resistir al cielo.

TINGUARO
Señor, los cristianos bajan.

PALMIRA
¡Ay, si viniese Valcázar!

ERBASIA
¡Ay, si viniese Valcázar!

Todos los españoles, con azadas los soldados y Castillo, ya muy galán.

ALONSO
Por aquí habéis de cavar;
que las candelas que estaban
por corona deste monte,
que está aquí el oro señalan.

BENCOMO
Si buscáis, cristianos fuertes,
oro, perlas, piedras, plata,
no lo hallaréis escondido,
sino es en nuestras entrañas;
con las cuales nos rendimos
como el cielo nos lo manda
por un Capitán que hoy
con una desnuda espada
me amenazó.

ALONSO
Tente, Rey,
alza del suelo; que basta
el nombre a cuyo valor
respeto justo se guarda.
Si el cielo os manda rendir
a los que agora os abrazan,
manda que con grande amor
os reciban.

BENCOMO
¡Viva España!

TODOS

¡Viva!

ALONSO

Para que yo crea,
isleño, si esto no os cansa,
que lo que dicen las lenguas
es lo que sienten las almas,
¿a qué parte deste monte
hay minas de oro o de plata?

BENCOMO

Ya os dije nuestra pobreza;
que si aquí el cielo las guarda,
no lo sabemos nosotros,
si bien en esas montañas
hemos visto muchas luces.

DACIL

Puesto que amistades hagan,
españoles más dichosos
que valientes, con España
estos nuestros viles hombres,
las mujeres, que se agravian,
no pasan por estas paces.

ALONSO

Pues ¿por qué razón no pasan?

DACIL

Porque sois unos traidores;
y yo, que he sido engañada
de ese soldado que ya
traéis tan lleno de galas,
sustentaré que lo sois,
con este pino en campaña.

CASTILLO

No alborotes a tu padre
ni a tus isleños, Infanta;
que no es traidor el que debe
amor, si en lo mismo paga.

DACIL

¿En qué me pagas a mí,
si me has dado la palabra
de ser mi esposo y te vas?

CASTILLO

¿Yo a ti?

DACIL

Pues ¿no?

CASTILLO

¿Cuándo?

DACIL

Aguarda:
peña, ¿no eres tú testigo?
¿No me la dió?

CASTILLO

¿Piensas que hablan
las peñas?

DACIL

Cuando Dios quiere.

ALONSO

¡Oh, qué maravilla extraña!

Cáiganse unos riscos, y véase dentro la imagen, y encima las candelas, y el Angel, en medio de ellas, diga:

ÁNGEL MIGUEL

Este tesoro hay aquí,
que es la Virgen de Candelaria.

CASTILLO
Señora, si sois testigo,
yo cumpliré la palabra.

MANIL
Españoles, si sabéis
quién es esta hermosa dama,
decidlo a un hombre que ha días
que de su pobre labranza
trae a su hijo y a ella
leche, miel y frutas varias.

CASTILLO
Esta es la Madre de Dios,
la que en sus entrañas santas
le trajo y parió, quedando
Virgen.

BENCOMO
¡Hermosura rara!
Por ella todos queremos
de vuestro bautismo el agua.

CASTILLO
Y yo casarme con Dacil,
en siendo Dacil cristiana.

TRUJILLO
Yo, señores, con Palmira.

VALCÁZAR
Y yo con la bella Erbasia.

ALONSO
Por lo menos, comenzamos,
la población con tres casas
y con tan sagrado templo
de la Virgen Candelaria,
que ha de ser nuestra Patrona.

CASTILLO
Aquí la comedia acaba
con que acabó Tenerife
La Conquista de Canaria.

El primer retrato de Lope de Vega, publicado en las dos primeras ediciones de *La Arcadia* (1598–99) y en la primera del *Isidro*.

Retrato de Lope de Vega por Francisco Pacheco.

Litografía de M. de Rey.

SUMARIO

Presentación VII

Lope de Vega dramaturgo de la historia poética de la conquista de Tenerife,
por Sebastián de la Nuez XIII

Lope de Vega y la música de la palabra,
por Ernesto J. Rodríguez Abad XXIII

Los guanches de Tenerife en la obra de Lope de Vega,
por Antonio Tejera Gaspar XXXI

COMEDIA LA FAMOSA DE LOS GUANCHES DE TENERIFE Y CONQUISTA DE CANARIA 1